

Parque de San Antonio

“Al frente de la tienda de la ‘Juancha’ estaba la casa en que vivió más tarde don Jesús María Mora con su familia, padre del doctor Mora Vásquez, la que era de tapias con tejas, con cuatro ventanas, pintada de verde. Seguía otra arruinada y vieja casa en cuya esquina había una tienda; lugar aquél que daba entrada al callejón conocido con el nombre de la ‘Barranca de Ospina’, hoy de San Antonio, en donde sólo se hallaban solares y pequeñas mediaguas hasta terminar en una porción de terreno cubierto de ciénagas y de tupidos cañaverales; punto aquél convertido en lo que es la citada calle de ‘San Juan’ y en el barrio ‘Colón’, toda aquella ‘barranca’ adornada hoy con hermosas casas y con lujosos edificios como el de la Iglesia de San Antonio, dirigida por los RR. PP. Franciscanos”.

Carlos J. Escobar G. *Medellín hace 60 años*. 2003.



1874



En el sector conocido como Barranca Media o Barranca Ospina, el arquitecto fray Benjamín Masciantonio, quien oficiaba como subdirector de la obra de la Catedral de Villanueva, compró un lote para construir el convento de franciscanos de Tierra Santa y un templo en honor a San Antonio de Padua. El convento sería terminado en 1883 y el templo estaría a medio construir por muchos años.

1910



En esta década Barranca Ospina estaba construida hasta la calle Amador, que entre Palacé y Bolívar era un pequeño callejón. Las casas, de una sola planta, tapia y solar, eran habitadas, en su mayoría, por artesanos. Con la construcción de las estaciones del ferrocarril de Amagá y el de Antioquia muchas de esas casonas fueron convertidas en inquilinatos para atender a la población flotante del sector, y otras en teatros donde grupos de trabajadores representaban obras de la literatura universal.

Dos avenidas y un parque con éxito

Por GUILLERMO CARDONA

El centro histórico de Medellín y el barrio San Antonio se conservaron más o menos intactos y con cierta coherencia urbana, paisajística y social hasta los años cincuenta, cuando Paul Lester Wiener y José Luis Sert presentaron su Plan Piloto para la ciudad en 1954.

La tradición de esta villa había sido mirar los modelos de ciudades europeas, con centros históricos protegidos y desarrollos industriales en los suburbios para defender la habitabilidad de los espacios de memoria. El nuevo Plan Piloto, sin embargo, parecía más inspirado en el modelo norteamericano. Su apuesta apuntaba a la concentración de usos del suelo y a la expansión territorial, a partir de la construcción de avenidas de tránsito rápido para el transporte público y el creciente transporte privado, entre los sitios de habitación en los barrios periféricos y los lugares de trabajo, comercio, servicios bancarios y oficinas estatales del Centro.

Todavía hoy muchos se preguntan por qué se desechó la idea del tranvía eléctrico siendo este tipo de energía un recurso propio y barato, por qué prácticamente prohibieron el uso residencial del centro histórico, y sobre todo por qué nadie, además del arquitecto Nel Rodríguez en su cátedra de la Universidad Pontificia Bolivariana, alertó sobre el peligro de tener un centro sin habitantes, abandonado en manos del comercio que cierra a las seis de la tarde, bajo el supuesto medieval de que nadie tiene nada que estar haciendo en sus calles después de las nueve de la noche.

Habría muchas otras objeciones frente al accionar urbanizador de los últimos cincuenta años en el centro histórico; por ejemplo, la escasez de espacio público, zonas verdes y andenes. La lista es larga, pero concedamos que resulta muy fácil criticar lo que se hizo a mitad del siglo XX basados en los conocimientos que tenemos en el XXI.

No queda casi nada

No faltan quienes aseguran (y no hay forma de contradecirlos) que si en Medellín no queda memoria arquitectónica de la Colonia es básicamente porque en esa época, además de unas pocas iglesias, no se construyó en esta villa ninguna edificación que valiera la pena conservar. Y algo similar se dijo de otros hitos arquitectónicos e históricos que se fueron con el Plan Piloto. Algunos los tumbaron del todo, como pasó con el Teatro Junín y el Hotel Europa; otros a medias, como sucedió con el Seminario Mayor, demolido en parte para construir la Oriental cuando de carrera se convierte en calle a la altura de la avenida Echeverri; lo que sobrevivió pasó a ser centro comercial y su capilla terminó en restaurante. Lo poco que quedó en pie se fue haciendo más pequeño, como las aceras, la Catedral Metropolitana, el Paraninfo, la iglesia del Sagrado Corazón, y otros hitos de la vieja Medellín terminaron simplemente arrinconados, como la iglesia de San José, La Veracruz y la misma iglesia de San Antonio, que es el caso más extremo.

Si en ese afán modernizador no había lugar para el respeto a los símbolos de la fe católica, ni se diga para lo demás. ¡Cuál nostalgia! La consigna era acabar con lo viejo y empezar de cero. Todo era práctico, con fines económicos, industriales y comerciales.

Eran tiempos de posguerra y la producción industrial mundial crecía a pasos agigantados, así que el futuro les debió parecer diáfano a los empresarios de Medellín. La prosperidad y la riqueza iluminaban el horizonte, y nuestra ciudad estaba en la obligación de prepararse para un crecimiento sostenido. No era tiempo de pararse en consideraciones socio-culturales y urbanísticas.



› Torso masculino, obra de Fernando Botero.



› Templo de San Antonio. 1932.

Barranca

La primera referencia del sector de San Antonio aparece en 1770, en el primer plano que se conoce de la ciudad, y las únicas calles que existían eran San Félix (hoy parte de la Avenida Orienta), Abejorral (hoy desaparecida) y San Roque (hoy Palacé).

Una vez sellada la independencia de la Provincia de Antioquia, las calles fueron rebautizadas con los nombres de las grandes batallas de la gesta libertadora. Para 1820 ya existía Maturín, y desde entonces comenzaron a vivir en sus costados familias de una incipiente clase media: artesanos, oficinistas y empleados del comercio. Al tiempo aparecieron las primeras posadas en el sector, que pasó a llamarse Barranca, para atender a los agentes viajeros y a los arrieros que llegaban de Envigado, y aun más lejos, llevando y trayendo mercancías y ganados.

La iglesia

La construcción de la iglesia de San Antonio de Padua arrancó en 1874 por iniciativa de fray Benjamín Masciantonio, quien concibió también el convento de franciscanos de Tierra Santa al lado de lo que sería la capilla.

A partir de entonces la iglesia, todavía en construcción, se convirtió en el centro de un sector que seguía creciendo hacia el oriente y el norte, bajo el nombre y protección del edificio que en 1889 era una simple capilla. Solo en 1920 el arquitecto Arturo Longas construyó la que sería su

fachada definitiva sobre Abejorral, y sus reformas, agregados y refacciones posteriores culminarían en 1938.

Eran tiempos de tranquila felicidad para un barrio de casas en su mayoría de una planta, muchas de ellas construidas en tapia desde el siglo XVIII, con grandes solares y calles estrechas, en el que prosperaban las tiendas y los graneros, algunos cafés, peluquerías, panaderías, zapaterías y montepíos. Esta estructura se conservaría hasta bien entrados los años sesenta.

Viejo barrio

Muchos de los niños y jóvenes que correteaban por San Antonio cuando todavía era un barrio viven aún, y cuando visitan el parque tratan de ubicar sus casas sobre lo que fue la carrera Abejorral, que subía desde San Juan hacia Amador y pasaba frente a la iglesia, ubicada varios metros por encima del nivel de la calzada.

Descontando los eventuales enfrentamientos entre la policía y los estudiantes de la sede de estudios generales de la Universidad de Antioquia –que funcionaba en los terrenos donde hoy se levantan las Torres de Bomboná–, para finales de la década del cincuenta la vida estaba prevista y organizada según los rituales de la iglesia: peregrinaje dominical, contrición y recogimiento en Semana Santa, y alegría, regocijo y villancicos en Navidad.

Los viejos habitantes también recuerdan los juegos en la calle (golosa, chucha, escondidijo, pelota quemada,

1920

El arquitecto Arturo Longas construyó la fachada definitiva del templo de San Antonio de Padua. La iglesia era muy frecuentada por cazadores y pescadores, que llegaban a la misa de cinco de la mañana, dejaban sus jaurías y cañas de pescar en el atrio y al terminar salían justo a tiempo para desayunar en el Café Balcanes y tomar el tren de las seis.

1932

La oficina de Tulio Ospina y Cía. construyó la cúpula del templo de San Antonio, conformada por una semiesfera de doce metros de diámetro, con diseños del arquitecto Juan Restrepo Álvarez e inspirada en las formas renacentistas.

1950



En esta década la proliferación de terminales de buses, bares, hoteles y pensiones produjo un deterioro ostensible en el sector de San Antonio, lo que incitó a sus habitantes tradicionales a abandonar la zona.

1973

Con la construcción de la Avenida Oriental el sector fue cercenado y aislado, y se convirtió en terreno fértil para la proliferación de expendios de droga, prostitución y delincuencia.

1980

En esta década los terrenos ubicados frente a la iglesia San Antonio, completamente abandonados por la administración pública, se convirtieron en un cementerio de carros.

1989



Mediante acuerdo metropolitano se dispuso construir un parque en el sector de San Antonio.

1992

El Municipio de Medellín procedió a negociar con el Banco Central Hipotecario la adquisición de los predios para el proyecto.

1993



El diseño del parque se convocó a concurso público, evento coordinado por la Sociedad Colombiana de Arquitectos –seccional Antioquia—. Se presentaron 42 proyectos y resultó elegido el del consorcio A.I.A. Convel, lo que generó polémica y descontento en algunos sectores que deseaban ver el lugar convertido en un parque con amplias zonas verdes y no en zona comercial y de parqueo como proponía el proyecto ganador.

1994

El 14 de diciembre se inauguró el Parque de San Antonio. En el costado que da sobre la Avenida Oriental se instalaron tres esculturas de Fernando Botero: *Venus dormida*, *Torso masculino* y *Pájaro*. En la esquina nororiental se dispuso *La puerta de San Antonio*, obra de Ronny Vayda. En el costado suroriental edificó su sede la Alianza Francesa. En torno al templo de San Antonio se construyeron oficinas de la Empresa de Desarrollo Urbano y de la Policía Metropolitana.



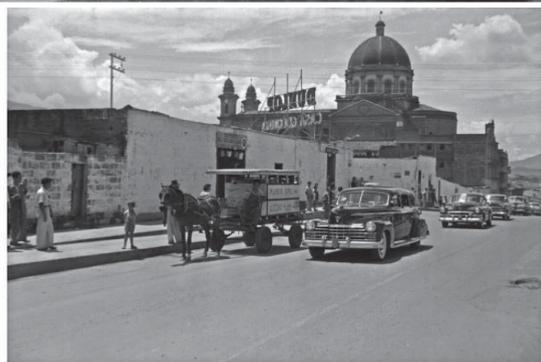
› Iglesia de San Antonio. 1983.

vuelta a Colombia con tapitas de refresco), como recuerdan la barbería de Juan N., la fábrica de turrone y la panadería La Marquesa. Y se rascan la cabeza evocando una constante y persistente epidemia de piojos que asolaba las escuelas. Una vida tranquila e inocente.

Había tan pocos carros que hasta la leche la repartían en un coche tirado por caballos que anunciaba su paso con campanas, y pasaban las negras con sus pregones y grandes cestos en la cabeza, cubiertos con manteles a cuadros rojos o azules, con la parva todavía humeante para el desayuno o el algo.

A comienzos de los sesenta los residentes y habitantes de San Antonio ya sabían que el barrio sería atravesado por una gran avenida, y que buena parte de las manzanas comprendidas entre Abejorral, San Félix y El Palo, desde San Juan hasta Bomboná, serían abatidas por las cuadrillas de demolición. También se sabía que en el centro histórico de Medellín estaba casi prohibido fijar residencia, y que con avenida o sin ella el barrio mismo estaba condenado a desaparecer.

Para finales de los setenta muchas familias ya habían encontrado otras alternativas de vivienda. Solo quedaban unas cuantas que se resistían a abandonar el barrio



› San Antonio. S. f.

de toda la vida, mientras el comercio se apoderaba de los caserones para convertirlos en bodegas y almacenes, talleres de mecánica y colchoneras.

Cuando todavía no se iban los últimos vecinos, que estorbaban con su presencia en el día y con su manía de dormir en la noche, hicieron su arribo los bares, los prostíbulos, los primeros expendios de marihuana y las famosas “zonas libres” donde jamás entraba la policía, de manera que la seguridad quedó en manos de nadie porque en las noches el viejo barrio de San Antonio ya no tenía dolientes.

La construcción de la Oriental, concebida desde el Plan Piloto e iniciada en 1973, le dio el golpe de gracia



› Terrenos que ocupa hoy el Parque San Antonio. S. f.

al sector. A todo lo largo y ancho de la avenida se dieron transformaciones que dejaron prosperidad para algunos y escombros para otros.

Ese rompimiento de la estructura urbana y los tejidos sociales tuvo gran repercusión en la seguridad y habitabilidad del Centro, proceso que se repetiría años después con la desaparición de la Plaza de Cisneros debido a las sucesivas ampliaciones de la calle San Juan y a las proyecciones del plan de 1954.

La intención de los planificadores con la Avenida Oriental era promover el desarrollo urbanístico de los sectores de San Antonio y Estación Villa, “que han permanecido hasta ahora en un lamentable estado de atraso, y valorizará comercialmente todas las propiedades ubicadas dentro de su zona de influencia, en mayor o menor proporción según su proximidad al lugar de ejecución del plan”, como lo señala un folleto publicado en 1974 que daba cuenta de la importancia de la obra.

También se mencionaba en los folletos la intención de remodelar la iglesia San Antonio, y se anunciaba que el Fondo Rotatorio de Remodelación Urbana de Valorización

estaba comprando predios entre la Oriental, Junín, San Juan y Pichincha, para un total de 4,2 hectáreas.

Se presentaban dos alternativas. La primera consistía en hacer un reloteo más organizado, “que agilice el mercadeo y permita que la iniciativa individual desarrolle de nuevo la zona”. Pero como con esta alternativa “se limitan las posibilidades de densificación; no hay aportes al diseño integral al desarrollo de la ciudad; se restringen las zonificaciones óptimas y las adecuadas interrelaciones de espacios”, entonces se decidió darle mayor despliegue a la alternativa dos: “...una remodelación y renovación total de la zona, en su trama, volumetría, usos y densidades. Esto significará un cambio en la estructura social, física y económica de este sector, con una consecuente influencia benéfica sobre la ciudad y su futuro”.

Según algunos cálculos, en el espacio ocupado hoy por el parque y el Éxito habría sido posible construir mil 250 viviendas en altura para una población de seis mil 500 personas; treinta mil metros cuadrados de comercio; cuarenta mil de oficinas; dieciocho mil de parqueadero cubierto; y quince mil de áreas



En la calle 46, Almacenes Éxito levantó una gran sede, y en el sótano del parque se construyeron más de 300 parqueaderos.

1995

En la noche del sábado 10 de junio explotó una bomba instalada en la escultura *Pájaro*. En el atentado murieron 23 personas y unas 200 quedaron heridas. Fernando Botero pidió que el pájaro fuera dejado allí como símbolo del horror de la guerra.

1997

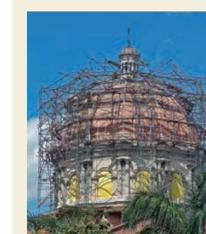
Después de la marcha del Mandato por la Paz, una multitud de jóvenes se congregó en el parque donde pasaron la noche al son de guitarras y actividades lúdicas. La velada fue amenizada por la Caravana Arco Iris por la Paz, un grupo de personas de varios países que recorría Suramérica en una chiva y que llegó a Colombia para apoyar la marcha.

2000

Fernando Botero donó otra copia de la escultura *Pájaro* para que fuera instalada junto al pájaro destruido en el atentado de 1995. Nombró a la nueva escultura *Paloma* como símbolo de esperanza.

2004-2005

La cúpula del templo de San Antonio de Padua fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia.





› Fotografía aérea de la construcción del Parque San Antonio. S. f.

complementarias para diversión, asistencia, seguridad, guarderías infantiles, entre otros.

Según antiguos funcionarios de la Empresa de Desarrollo Urbano del Valle de Aburrá, Eduva, estos eran bocetos para los cuales sencillamente no había plata; así que de semejante catálogo de sueños solo quedó un cementerio de carros y parqueadero al aire libre al costado de la Oriental, que durante muchos años ocultó lo que quedaba de San Antonio y la carrera Abejorral tras las chatarras que se pudrían en los solares del tránsito.

Durante más de dos décadas concejales y funcionarios de planeación desempolvaron los viejos proyectos de intervención para el sector, pero no volvieron a ser prioritarios y a nadie pareció importarle la degradación de la zona en los años setenta, cuando hizo su aparición el narcotráfico y se disparó el consumo de bazuco, y las calles de San Antonio se convirtieron en territorio zombi.

En el Acuerdo número 5 de 1989 volvió a hablarse de renovación, pero esta vez le asignaron el uso de parque, y entre acuerdos, autorizaciones y compras pasaron varios años. En 1992 el municipio terminó de comprar los terrenos y se inició el tire y afloje para definir qué figura jurídica se debía utilizar para sacar los pliegos a licitación, pues tampoco había plata. Se resolvió entonces abrir una licitación donde se entregaban los terrenos y se pagaba cierta cantidad de dinero. Según declaró Gabriel

Arango, el diseñador de la obra, en una entrevista concedida en 1996, las únicas exigencias eran “diseñar un parque, utilizar el subsuelo con unos parqueaderos, algunos locales comerciales, que se conservara Amador como vía vehicular y que se conservara la iglesia y el convento. A partir de ahí, todo era libre”. De hecho, el diseño que ganó fue el que ofreció la mayor posibilidad comercial y la menor complicación en el mantenimiento, lo que incluía no hacer otro Parque Bolívar y mucho menos una especie de Central Park, porque en estos andurriales las zonas verdes y los árboles son sinónimos de inseguridad y guarida de malhechores.

De esta manera, lo que iba a ser parque se convirtió en un proyecto comercial a causa de una coyuntura política, dada la presión que sufría el municipio para cumplir con el compromiso de ejecutar una obra sin presupuesto.

Cuando la licitación se abrió, Almacenes Éxito ya había comenzado la construcción de su sede de San Antonio, y los diseñadores de la propuesta ganadora afirmaron sin titubeos: “nosotros queríamos que lo que se hiciera en el Parque de San Antonio empezara a integrar más las construcciones existentes en el lugar y formara una continuidad del tejido y del lenguaje que se estaba presentando, esa era la circunstancia, no nos interesaba diferenciarnos del Éxito, nos interesaba matizarnos con el Éxito”.

A decir de muchos, el Éxito ha contribuido a la “nueva cara” del sector, y además fomenta una actividad que por décadas ha sido sinónimo de diversión en Medellín: *juniniar*, *loliar*, o como quiera que se le diga ahora a esa costumbre de mirar vitrinas.

Desde su apertura en 1994 los visitantes usan indistintamente las acepciones de parque y plaza, si bien algunos llaman Parque San Antonio a la plazoleta ubicada a las puertas del convento y de la iglesia, con su fuente, sus bancas, sus árboles y su aire pueblerino. La calle Amador separa ese pequeño parque de la plaza propiamente dicha, una explanada

La tierra éramos nosotros

Una vez entregado el Parque San Antonio volvieron a circular los folletos que exaltaban la contribución de la obra a la seguridad, la integración urbana, el fomento del comercio, la recuperación del sector para el turismo y los encuentros en familia, y la subsecuente valorización de las propiedades.

Desde su apertura en 1994 los visitantes usan indistintamente las acepciones de parque y plaza, si bien algunos llaman Parque San Antonio a la plazoleta ubicada a las puertas del convento y de la iglesia, con su fuente, sus bancas, sus árboles y su aire pueblerino. La calle Amador separa ese pequeño parque de la plaza propiamente dicha, una explanada

donde se exhiben las cuatro esculturas de Fernando Botero, entre ellas las dos versiones de *Pájaro*, uno ileso y otro con las marcas de la metralla del bombardeo que el 10 de junio de 1995 segó la vida de veintitres personas, dejó heridas a 200 y le torció el destino a muchas más.

Parque o plaza, por un lado no hay zonas verdes y por el otro la explanada no se utiliza ni como foro ni como ágora, y la plaza del parque hace mucho no se llena. Sin embargo, se trata de un lugar agradable, cargado de historia a pesar de las múltiples intervenciones, con árboles y jardines y bancas que invitan al recogimiento y al descanso en medio de ese caos que es el Centro de Medellín. Pero en las noches, hoy como entonces, se queda sin un alma, por la sencilla razón de que, además de los vigilantes y los habitantes de calle, ya no vive nadie en ese inmenso cuadrante encerrado y aislado por vías rápidas como las avenidas San Juan, Oriental, Ferrocarril y Regional.

Vuelve y juega

La acelerada industrialización nunca se dio, y aún hoy, pese a los esfuerzos de las últimas administraciones y los nuevos planificadores urbanos por equilibrar las cargas, el centro histórico de Medellín sigue siendo un lugar casi exclusivamente diurno, dedicado al trabajo y el comercio, los trámites legales y, fundamentalmente, el tránsito. Como parte integral de ese centro, San Antonio obviamente conecta territorios y posee una fuerte carga simbólica, pero es, sobre todo, una ruta, un itinerario, un entramado de recorridos definidos por la movilidad.

De ese afán demoledor personificado en el Plan Piloto bajo la promesa de realizar obras monumentales, quedan ejemplos de lo que no se debería hacer, como la canalización de caños y quebradas, así como la del río Medellín para hacer de él un eje técnico, sin ningún arraigo ciudadano, sin ningún espacio para el peatón, imposible para los niños. Quedan la Avenida Oriental y la ampliación de San Juan, y la construcción de un complejo administrativo donde no vive nadie, cercado por vías que en lugar de comunicar impiden el ingreso y en las noches convierten el sector en espacio público en manos del vigilante de turno; y cuando no hay vigilante o policía, se vuelve reino del habitante de calle o lugar de trabajo de los infaltables maleantes, que nunca duermen.

Ojalá algún día el Parque San Antonio deje de ser lugar de paso y vuelva a ser posible vivir en sus alrededores. Ojalá que en el futuro no todo sea comercio, y nuestros jóvenes emprendedores trasciendan la simple compra venta para explorar la infinidad de posibilidades que ofrecen los servicios culturales, informativos, recreativos, deportivos, turísticos, gastronómicos, hoteleros y de rumba, para que este rincón de Medellín sea por fin un espacio libre para el disfrute. Ojalá sus sucesivas y bruscas transformaciones se queden en el pasado, y al fin superemos esa imagen que bien podría resumir la destrozada escultura de Botero, donde se refleja la historia del centro histórico de Medellín como en un espejo roto.

■





Iglesia de San Antonio de Padua

*Necesito tu ofrenda para mis pobres.
Letrero en cofre*

Construida entre 1874 y 1902. Inaugurada en 1904. Proclamada parroquia en 1961. Su cúpula, una de las más grandes de Suramérica, fue intervenida en 2005.

Solitarios

Ha pasado que el padre Luis Alberto Toro y su sacristán, ataviados como corresponde, estén listos para officiar misa en la iglesia con la cúpula más grande de Medellín, y se encuentren con que el templo goza de un silencio sepulcral y la asistencia de tres personas. Resignación. La eucaristía no se cancela; por más que retumbe su voz amplificadas en los cuatro cantos del templo, el sacerdote da la misa casi personalizada, conversada. Eso sí, con un sermón breve.

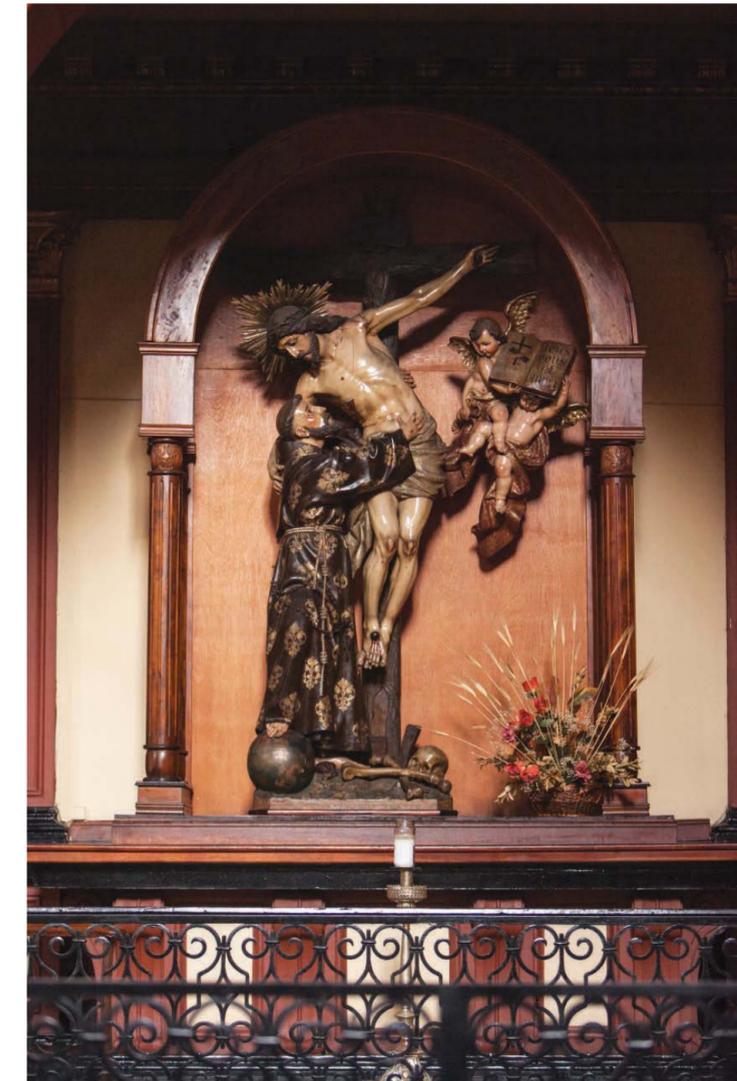


Milagro sería que la iglesia de San Antonio estuviera llena. Los domingos, que es el día de mayor afluencia, apenas si alcanza los cuarenta feligreses en cada una de las seis misas que se celebran. Es la soledad de una parroquia que se quedó sin gentes. No es como antes, a principios del siglo XX, cuando en la carrera Palacé entre Maturín y San Juan había grandes mansiones en las que vivían familias prestantes, más casas que bodegas, locales comerciales y, lo que abunda hoy, parqueaderos.

Eran otros tiempos. Han pasado setenta años desde las palabras de Lisandro Ochoa en sus *Cosas viejas de La Villa de la Candelaria*: "Todavía se respira aire de paz y sencillez. Encontramos la misma callecita estrecha, las vetustas casas donde los buenos vecinos practican las cristianas y patriarcales costumbres de los abuelos".

Hambrientos

Los feligreses de la parroquia de San Antonio de Padua habitan en Niquitao, y son ciudadanos con necesidades materiales más urgentes que las espirituales. Otros que visitan el templo son los escasos paisanos que cruzan el puente peatonal de San Juan y no se dan la bendición desde afuera sino que se atreven a subir sus escalinatas para encomendarse al santo de su devoción. A San Antonio, santo de los milagros, santo de los pobres y de las cosas perdidas, santo de todo el mundo, el doctor evangélico. Santo que les hace el milagro a 150 madres cabeza de familia a las que cada quince días, en grupos de treinta o cuarenta, la parroquia les entrega un mercado. Un aliciente que sin embargo no parece servir para que ellas y sus vástagos frecuenten más la iglesia.



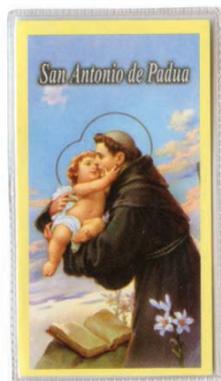
Trabajadores

En San Antonio de Padua offician seis sacerdotes, y ocho catequistas realizan una de las labores más importantes para esta parroquia: la de preparar a los niños que van a recibir el sacramento de la Primera Comunión en diciembre. Ese mes la iglesia se abarrotaba, pues los iniciados en este rito llegan al centenar cada año.

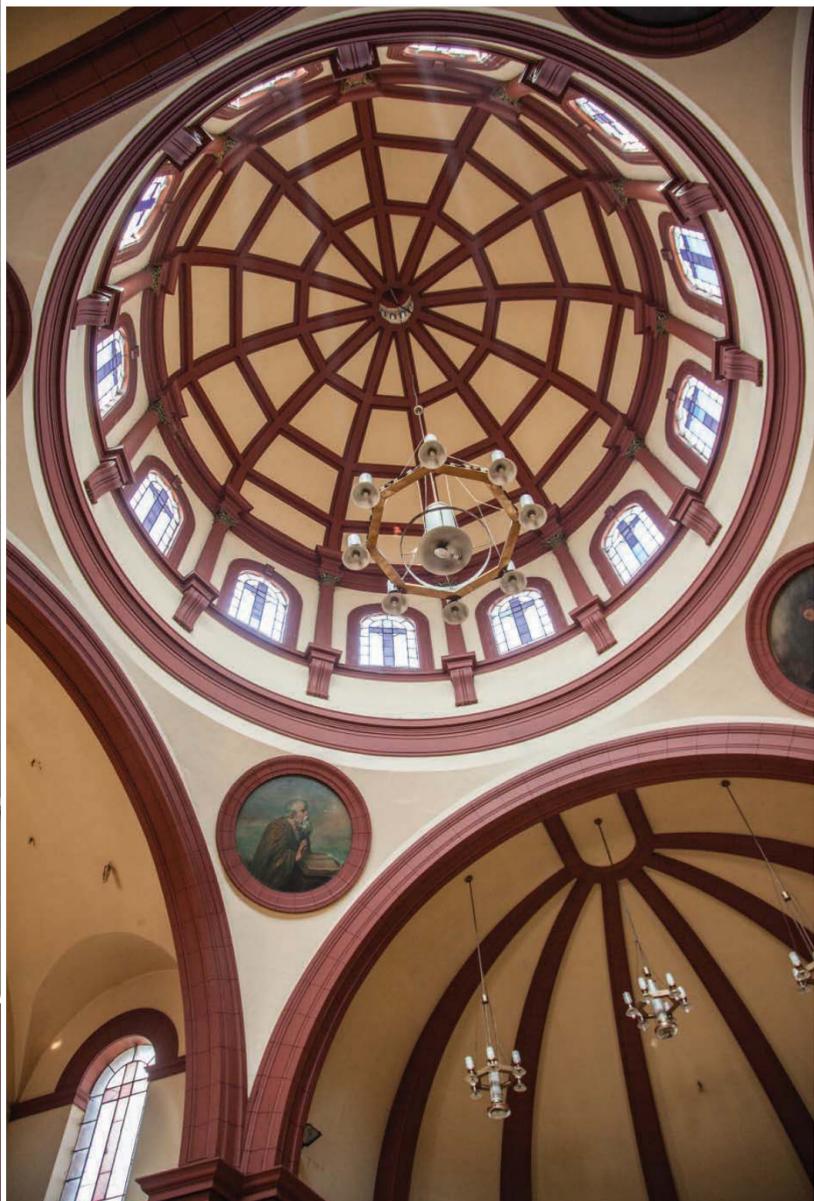
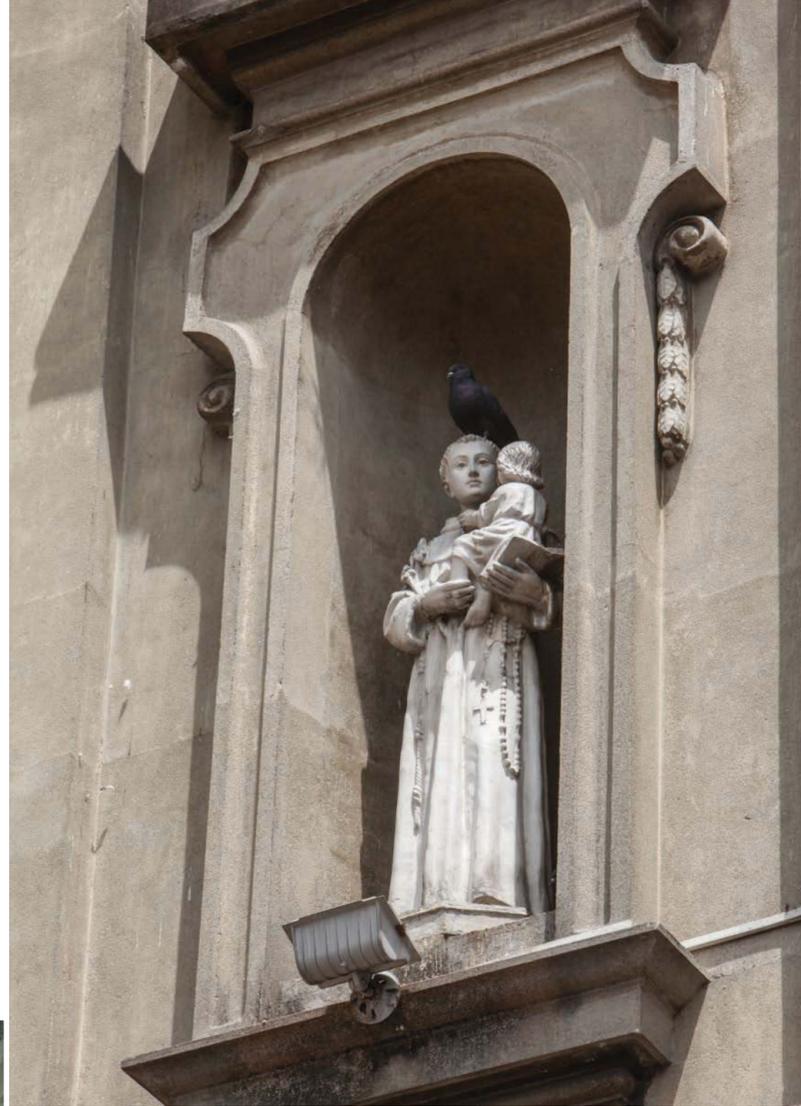
Pero trabajar, lo que se dice trabajar, lo hicieron los primeros franciscanos que llegaron a Medellín en 1874 y se dedicaron al pastoreo en las iglesias de San Antonio y San Benito. Entre ellos, el padre Benjamín Masciantonio, quien llegó para ayudar en la construcción de la Catedral de Villanueva pero acabó construyendo la iglesia de San Antonio.

El templo aún tiene como vecino el edificio en tapia que en la época de su construcción fuera un convento de religiosos franciscanos. Allí, cumpliéndose el dicho de que nadie sabe para quién trabaja, funcionó el noviciado y la casa de estudios abiertos por los franciscanos colombianos en 1899, pero en poco tiempo fueron sacados por los frailes españoles que mantuvieron el convento hasta 1956.

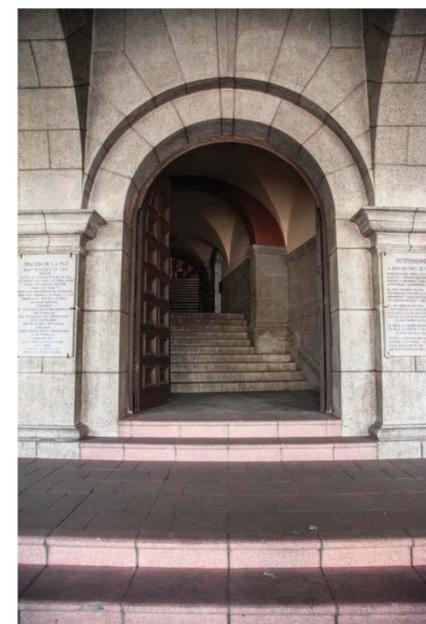
Hoy la iglesia de San Antonio tiene altares en madera, tres naves amplias y un órgano español. De las múltiples transformaciones que ha tenido, las más radicales en 1929 y 1945, sobresalen el desplazamiento del altar mayor hacia el fondo y la destrucción del púlpito en 1969.



► Patrono de la iglesia.



► Un mes tarda la aseo Piedad Cardona en lavar los pisos de la Iglesia. La labor, en la que gasta 36 esponjillas, un cepillo, tres kilos de detergente en polvo y cuatro litros de blanqueador, se ejecuta tres veces al año.



Melaza en flor

Por HERNANDO GONZÁLEZ

De dónde vienen

Los negros del Parque San Antonio llegan de varios lugares, pero la mayoría provienen de una esfera geográfica cercana: la subregión de Urabá y el departamento del Chocó.

Muchos negros de Apartadó y de Turbo, al igual que de Condoto e Itmina, migran a Medellín, los más en búsqueda de trabajo, un porcentaje menor tras la quimera de la educación.

También acuden allí negros nacidos y criados en Medellín, en barrios populares como Minuto de Dios, El Limonar, La Iguaná, donde los asentamientos de población negra han tenido raigambre. En Belén hay un barrio donde abunda la gente prieta, con un nombre aromático y musical que es a la vez todo un tratado de sociología: Zafra.

Vienen de más cerca, de los costados del Banco de la República y del Parque Berrío, punto de reunión de la negrimenta antes de que se construyera el Parque San Antonio. Algunos todavía se congregan allí. Entre estos dos corrales la exclusión abre caminos, vasos comunicantes. Sobre todo los sábados y los domingos se los ve transitar de un punto al otro, siempre en respuesta al instinto tribal donde están implícitos, por ejemplo, códigos tácitos de hermandad, autoprotección, defensa, combatividad, rebeldía. Lo advertí en el recelo inicial que evidenciaron cuando me acerqué a entrevistarlos.

Aunque en la reportería no encontré negros procedentes de otras regiones de Colombia, los entrevistados aseguran que el parque es visitado por gente de todas partes. Uno puede toparse con negros del Caribe y de las islas, lo mismo que con los de toda esa larga franja del Pacífico que sigue al Chocó. Sé que allí llegan negros de Cartagena y del Nordeste de Antioquia. Encontré un muchacho oriundo de Yalí que administra un restaurante especializado en gastronomía chocoana en los bajos del parque que dan a la calle Junín. Yalí, Yolombó, Vegachí: en todos esos puntos de Antioquia vive gente negra. Desde allí los trae la riada de la migración. Es más raro hallar en el parque a los que vienen de estos pueblos, pero se ven ocasionalmente.

Los distinguen los acentos, las fisonomías, las culturas, y en el parque se hace notoria esa exuberante diversidad dentro de la misma etnia. Negros gigantes, negros chaparritos, negros de rasgos finos, negros de facciones bastas. Sí, un afro de Apartadó no habla igual a uno de Quibdó.

También son distintos en espíritu, en catadura, en tonalidad. Miras a aquel y se te antoja isleño. Miras a este y te recuerda al samario. Reparas



en el de más allá y piensas en el currambero. Sin embargo, en esa rica pluralidad descubres un elemento unificador, una sola raíz: ¿El alma? ¿La tristeza? ¿La alegría? No, el corral. Y sientes que todo el tiempo ha sido lo mismo: el barco negrero, la navegación oprobiosa y el corral.

De las palabras de Abel Valoyes, propietario de un quiosco del costado occidental de la plazoleta, se desprende que los negros del parque se quejan de lo de siempre: racismo y discriminación, ese nudo corredizo que asfixia a las razas condenadas.

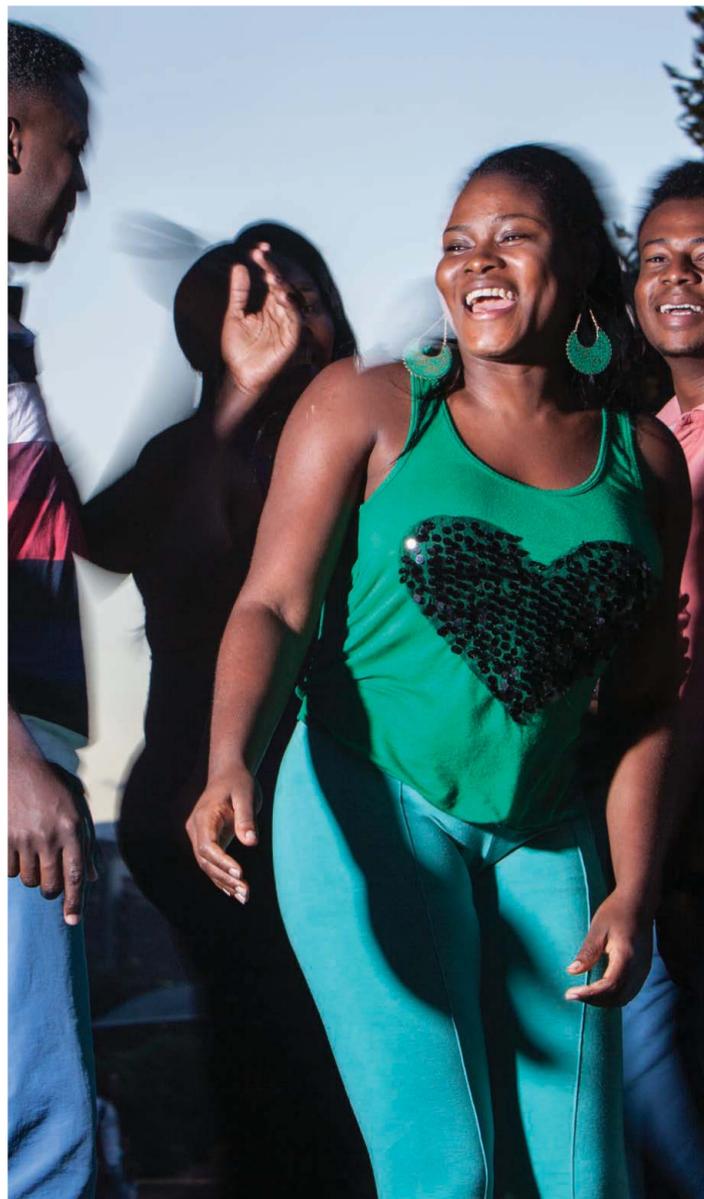
Este lunes en que converso con él, el parque no es el mismo de todos los días. No se escucha la habitual música vallenata y los locales de la explanada, a excepción de dos o tres, están cerrados, algo inusual. Sanidad los selló, argumentando que no cumplían las normas. En realidad, opina Abel, la orden provino de la policía, que, incapaz de frenar la inseguridad, actuando a troche y moche, decidió sellar los negocios y hacer que justos pagaran por pecadores.

Rituales

La cultura afrocolombiana se da cita en el Parque San Antonio en la búsqueda de la integración étnica, tratando de reunir los fragmentos dispersos del espejo trizado de la identidad.

Unos acuden a diario, pues tienen allí su lugar de trabajo. Otros van periódicamente, cada semana, cada mes, cada dos meses, estimulados





por la necesidad de verse con los paisanos y los amigos. Vienen de Enciso, Manrique, Buenos Aires, Belén, El Salvador, Aranjuez, Sucre, Castilla, El Limonar, La Iguaná, entre otros barrios.

El del encuentro es un ritual fuerte, un intento de aglutinar los elementos de la diáspora, el alma, la presencia, la voz hecha cascotes. El día, la hora, el clima, no importan. Un lunes a mediodía, con un resplandor de canícula, un afrodescendiente con fisonomía y expresión

facial que recuerdan a Gandhi baja de un bus de San Antonio de Prado, donde labora como docente de un colegio oficial. Ha estado uncido seis horas a la tarea de galeote de la enseñanza, y al llegar al parque, donde está el paradero de la flota de Prado, en vez de enrumbar hacia Enciso, donde vive, cruza la placita de los artesanos, bajo la sombra de las palmeras, hasta una cigarrería de los bajos. Allí se ha reunido un grupo de negros parleros, que mitigan el sopor vespertino bebiendo cerveza. El profe se les pega, conversa, bebe una "amarga". Son sus amigos, su raza, su "familia". Pasa un buen rato departiendo. Luego se marcha a su casa a descansar dos horas: le espera otro turno laboral en jornada nocturna.

Es la ceremonia de la reunión. Como al llamado de un tambor íntimo, en una pradera mítica, acuden, se agrupan: en una jardinera, en un quiosco, en una peluquería, en un restaurante, en plena acera, ante una chaza donde resalta la tela encendida de un aviso de venta de minutos, semejante a un pabellón del desconsuelo. La palabra, la anécdota, el testimonio, el cuento, el blablablá, constituyen el motivo, la esencia, el lazo.

Entre ellos hay maestros, abogados, albañiles, lustrabotas, comerciantes, vagos. Unos se ven solventes, otros con cara de penuria; unos se ven cultos, otros aplebeyados. El sentimiento de unidad amalgama las diferencias. Es lo que se siente al verlos charlar en una jardinera, adueñados de un sitio que nadie les escrituró. "Venimos al parque a recordar", dijo uno de ellos.

Así, pues, el del recuerdo es otro de sus rituales, quizás el más importante. Frente a este pasan a segundo plano el fútbol, la política, el trabajo, los negocios, temas habituales de sus conversaciones. En el rito de recordar se trenzan la tierra (quizás siempre lejana), los ancestros, los parientes, los amigos, los lugares, la comida, la música, la bebida, el baile. En el recuerdo viven, ensoñados, dando tumbos en una ciudad hostil.

Se quejan de que en el parque escasean los eventos, aunque a veces hay conciertos. Alegan que no existen actividades que convoquen a la familia. En ocasiones se reúnen y, fieles a la sazón de la tierra, hacen sancochos, comen, beben, bailan.

El baile

Viernes. Sobre Junín, en uno de los negocitos del parque, entre varios hombres que juegan cartas, está Jhoana. Es una negrona joven, rolliza, de voz jacarandosa. El computador del local suelta *Arroz con habichuela* de El Gran Combo, una jalea melodiosa que se derrama y se expande. La mujer está sentada entre los hombres, viéndolos jugar, hablando con ellos. En algo recuerda a un Buda cuyo éxtasis quisiera albergar a los presentes. En algo semeja a una bullerenguera de una aldea del Caribe que al atardecer, entre negros que aporrean tambores, baila y canta con sentimiento.

De pronto, Jhoana rompe en grandes voces, llamando la atención, y se levanta. Empieza a bailar, a contorsionar su cuerpo en ondulaciones

sensuales, mientras continúa con su insolente palabrería. Cómo se mueve. Pareciera que invitara al sexo, a la lujuria, a un abandono sin nombre. De esta forma baila todo el tema de El Gran Combo. Su actuación ha tenido un no sé qué raizal, hondo, inevitable, pero también algo grotesco, teatral.

Esto es solo una muestra de lo que pueden hacer los negros con sus cuerpos cuando bailan. En las discotecas que abundan en el parque se los ve bailar, además de salsa, vallenato, chirimía, champeta, reguetón, ritmos tradicionales. Uno siente que a través del baile, de ese desdoblamiento profundo, atisban algo, como Charlie Parker con su cinegética del saxo.

La mujer se sosiega. Ninguno de los hombres, dominados por las recias amarras del juego, le ha aceptado el desafío del baile. Unos policías motorizados dan una vuelta de rutina. Los jugadores no se inmutan. Un hombre habla por celular recostado en el gigantesco, decapitado y obeso Adán de bronce que guarda el costado sur de la plaza. La mujer sigue en vena jocunda, echa cuentos, se ríe. Los apostadores, sin desvirtuar la avidez monetaria que los ata al juego, responden con meritoria facundia a su interlocutora. Es una estudiante del Sena que acostumbra darse una pasada por el parque después de clases para reunirse con los amigos, botar corriente un rato, antes de tomar un bus y regresar a casa.

Los sabores

La comida es otro lugar de encuentro, otro ritual. En los restaurantes y negocios se constata cómo la gastronomía de la cultura afro se ha trasplantado al parque. Allí encuentran los pasteles, los tamales, el guarapo, la chicha, el pescado, los mariscos, el sancocho, el arroz. En la comida se refuerza la identidad.





Especializado en los sabores de la tierra, sobre todo en el pescado, uno de los restaurantes más frecuentados por los afrocolombianos está en los bajos que dan a Junín. De domingo a domingo confluye allí una gran clientela, la mayoría de raza negra. Lo administra un hombre de melaninoso pigmento y calmosa apariencia. Ofrece, entre otras especies de pescado, bagre, bocachico, bravo, dentón, trucha, tilapia, jurel, salmón.

El servicio tiene también su ritual. Primero te traen los cubiertos, luego un consomé con arepa y torrijas de limón. De beber, puedes elegir entre limonada y jugo de borjón. La bebida se sirve, por lo regular, antes del seco, que traen sin tardanza, consistente en arroz con coco (si lo prefieres blanco, no hay problema), ensalada, patacones y, naturalmente, el manjar favorito, servido entero o en una magnífica porción.

Desde el salón del comedor, a través de una puerta contigua a la caja, puede verse en la cocina el movimiento infatigable de las cocineras, que están atentas a los pedidos de las meseras.

Despedida

Me voy del parque luego de hacer la última entrevista: una muchacha que atiende una pesquera y asiste a una iglesia cristiana, cuyo cuerpo esbelto y rostro agraciado me recuerdan a Whitney Houston. Dejo atrás ese mundo heterogéneo, movido, en el que los negros conviven con gente “de todas las razas”, según dijo la joven al interrogarla sobre las personas que frecuentan el parque.

Entre mis últimas visiones registro la de un jayán que me recuerda al Atufal de Melville, trajinando en la cocina de un restaurante, entre las cocineras; y la de un trío de adultos, conformado por dos hombres y una mujer, ascendiendo a la explanada por las escaleras de Maturín. El color que Ismael Rivera llamó “melaza en flor” salpica el paisaje humano de esas calles.

Ya en Junín, frente al parque, entro a un local de pollo asado y me siento a comer un almuerzo ligero. Entra un hombre bajito, hosco, de camisa por fuera, con una tez indecisa entre la noche y el día, entre tierra y arena. Bajo su pretina advierto un abultamiento sospechoso. Me cabreo, porque me doy cuenta



de que me mira con hostilidad. Tiene cara de matón, de cuidandero de civil, de bestia cenagosa. El administrador del negocio lo saluda con obsequiosidad. El hombre se ha sentado a mi espalda, de manera que no puedo verlo, pero lo vigilo con el rabillo del ojo. Pide una pechuga deshuesada. Mientras se la sirven, conversa con el encargado. Le cuenta, con tono bravucón, que cogieron a un negro robando en el parque, y a continuación, mordiendo el odio, cuidándose de ser oído, dice: “soy racista, no me gustan los negros”.

Me inquieto. Hijos de siete leches hay por montones. Apuro mi comida, pago y salgo sin mirar atrás, donde siento una respiración de chacal infestándolo todo.

Desencantado, con coraje, me alejo de allí.





Coda

Morenas color

El sabor de la música del Atrato te envuelve al entrar a la barbería y sentarte en la silla giratoria. Una letra sensual, una orquesta con un sonido potente que se adueña del lugar, que eclipsa el ruido del televisor colgado en la pared, las voces de la gente y el resuello de la urbe.

La música a todo taco de inmediato te hace sentir en Turbo, donde son famosos esos tocadiscos colosales llamados picós, cuyo volumen alcanza para todo un barrio. Sin embargo, estás en una barbería.

Una tienda de peluquero ocupa un lado del local. Al joven que la administra poco parece importarle vender una peluca o un paquete de cabello sintético: del otro lado del mostrador, en un extremo desde el cual se ve el computador en el que pone la música, mueve el cuerpo en un raptó casi erótico y canturrea la canción. Se diría un fauno presto a atrapar cualquier doncella que se cruce en su camino. También hace de cajero de la barbería. Se distingue de los estilistas en que no viste la camisa y el pantalón azul claro que los uniforma, sino de paisano.

Entretanto, ante la apretada línea de sillas, los artistas de la tijera y la maquinita, jóvenes de osados cortes de cabello, lucen atareados. Botellas de cerveza a medio consumir o vacías se aprecian en los tocadores de varios de ellos.

Mientras el peluquero (un moreno longilíneo con un motilado al rape salpicado de rayitos naranjados) te abrocha la capa, echa mano de sus útiles y celebra la elección del DJ con un comentario elogioso, sientes un cosquilleo de aventura, la inmersión en un mundo exótico donde la raza negra y la marejada de la salsa parecen entrelazarse en una misma sustancia.

Uno de los peluqueros habla de comprar media de aguardiente, pero sus compañeros no le paran la caña. Quizás todavía es temprano. La dueña, una morena joven y robusta, celular en mano, vigila el negocio desde un sillón del fondo.

Sientes que retan a la sociedad con su bulla, con su garbo, con el atrevimiento de sus vestidos y sus peinados. Sientes que, de algún modo, aquello también es una coraza.

Una novena para San Antonio

Por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Habrà que seguir soñando el sueño entero. Que un día esta ciudad siembre su corazón en grama.

ALBERTO AGUIRRE

El Parque San Antonio es una inmensa factoría de oficios que funcionan con una extraña sincronía, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. En un área de 33 mil metros cuadrados –más de tres veces el Parque Bolívar y casi cinco el Parque Berrío– sobreviven venteros de chicles, confites, tinto, agua, cigarrillos, periódicos, minutos a celular, papitas fritas, chorizos, frutas y verduras; y artesanos, vigilantes, aseadores, despachadores de buses, meseros, cocineros, comerciantes, peluqueros y fotógrafos.

En el parque, como en todo el Centro de Medellín, pasan el día y la noche personas procedentes de barrios populares que llegan a rebuscarse el sustento diario. Llegan en la madrugada, al amanecer, a media mañana, empezando la tarde, a mitad de la noche; se acomodan en un pedazo de acera, en una escalera, en una jardinera, en un local, y con sus cuerpos muelen el material del que está hecha la ciudad. San Antonio es una estación más del sistema masivo de la subsistencia callejera.

Uno de los fundadores de los oficios que dan vida al Parque San Antonio es una reliquia. Tiene la piel morena, 1,70 metros de estatura, sesenta años y una apacible cara de pensionado. Viste gorra, pantalón de dril y camisa, y del cuello le cuelga una vieja cámara Pentax que reposa sobre su barriga. La cámara no funciona, pero lo identifica. Sin ella cualquiera pensaría que es un desocupado. Desde hace diecinueve años, los mismos que tiene el parque, Emilio García toma fotos en San Antonio; lleva más de treinta en el oficio, y antes trabajó en Junín y en el Parque Bolívar. Se cambió de lugar y los tiempos le cambiaron.

–Aquí no hay otro fotógrafo que me supere en antigüedad. Yo les cuento historias de cuando fotocineábamos en Junín y se quedan asombrados –dice Emilio.

–¿Fotocinear?

–Empecé tomándole fotos sin permiso a la gente que caminaba por Junín, y les dábamos una tarjetica de Fotos Lujo y los que querían iban allá y compraban la foto. En un día tomaba diez rollos de ochenta fotos cada uno.

En el Parque Bolívar enamoró a su esposa. La vio por primera vez sentada en el caballo del Libertador. “Disculpe señorita, usted tan hermosa está como para tomarle una foto. Y si no piensa que la voy a envenenar, me gustaría invitarla a un fresco”, le dijo, y el veneno que le dio fue una unión de 34 años.

–Un día de los niños en el Parque Bolívar empezaba a tomar fotos a las 7:00 a.m. y me iba a las 9:00 p.m. Las colegialas me hacían fila. Cuando estábamos jóvenes también revistiábamos. Les decíamos a las muchachas bonitas que si querían que les tomáramos fotos para una revista y las llevábamos para una pieza. Allá nos posaban en





interiores y nosotros disparábamos la cámara con flash, pero sin rollo. ¡Después les decíamos que la revista había dañado las fotos!

Antes de que acabara el siglo Emilio tomaba entre 250 y 300 fotos en un fin de semana; hoy no llega a sesenta. La vieja cámara Pentax es el símbolo de un oficio que muere y subsiste a la vez, como el parque que nunca fue y es.

El teatro de la vida o un barco a la deriva

Le pido a Emilio que me guíe y le tome fotos a los lugares que más le llamen la atención.

—Empecemos con la media torta —dice.

En el extremo norte del parque hay un teatro al aire libre con capacidad para mil personas y una concha acústica de la que sobresale un mástil que sirve de pararrayos.

—A nosotros nos han tocado unas tempestades tremendas aquí, y los rayos caen en ese chuzo y se ve el chispero —dice Emilio.

En las noches los bajos del teatro se convierten en casa de habitantes de la calle, quienes representan, noche tras noche, la gran obra de la miseria humana. Son como los ciegos de Maeterlinck, seres aislados que

navegan en sueños en la oscuridad, a bordo de un parque que parece un trasatlántico a la deriva, con el mástil echando chispas sobre sus cabezas.

El telón de la función cae con los primeros rayos de sol, cuando los vigilantes pasan levantando a los naufragos. Detrás viene Nairo Cerquera, de 42 años, más conocido como ‘Tolima’, uno de los dos empleados de mantenimiento del parque, que ese día llegó temprano y le tocó lavar las áreas comunes. Viene del barrio Zamora, donde vive con su compañera y dos hijos.

Nairo baja las escalas de la media torta arrastrando la manguera con que todos los días él o su compañero les echan agua a los cuatro costados del parque, para tratar de disipar la orina que los actores nocturnos acumularon en los rincones. Para concluir la faena hacen falta dieciocho mil metros cúbicos de agua al mes.

Otro de los espectáculos que se presentan en la media torta son las reuniones del grupo Alfa y Omega de Alcohólicos Anónimos. Empiezan todos los días a las 10:00 a.m., y sus asistentes, dispuestos a confesar sus pecados y purgar sus penas, son tan fieles como los feligreses de la iglesia de San Antonio.

Cada mañana, grupos de cinco a diez personas se sientan sobre el escenario, de espaldas al parque, para leer en voz alta algún fragmento de *Los doce pasos* y contar sus experiencias con el alcohol. Uno de los integrantes es un vendedor ambulante que reparte tinto y recoge la colaboración voluntaria.

En las gradas no hay un alma, pero quien quiera puede unirse al grupo de manera gratuita, y por una hora tendrá a su disposición una bien orquestada tanda de monólogos. Es un carnaval sin antifaces en el que no importa la identidad de quien habla: la única condición es escuchar con respeto a cada compañero que se va poniendo de pie.

—Soy alcohólico y estoy sobrio —dice uno—. Llegué aquí mordiéndome y ahora me muerden y me muero de la risa. Me preguntan si me da miedo el infierno y les respondo que de allá vengo. Doy testimonio aquí y en cualquier parte del mundo. ¿Qué es Alcohólicos Anónimos? Creer que los muertos resucitan, los ciegos ven, lo sordos oyen y los cojos caminan.

Anticristos de la religión de la sobriedad

Cuando las palomas sienten el sonido de la muleta sobre los adoquines de la plaza central del parque, corren hacia Javier Gil, de 53 años, quien viene de su casa en El Salvador. Camina con una muleta porque se partió el fémur de la pierna izquierda en un accidente. Trabaja en El Hueco haciendo mandados, pero antes de empezar su jornada, entre 10:00 y 10:30 a.m., se sienta a la sombra de un árbol, a un lado de la media torta, a compartir su desayuno con las palomas y con Carlitos, un habitante de calle que lo busca cuando tiene hambre.

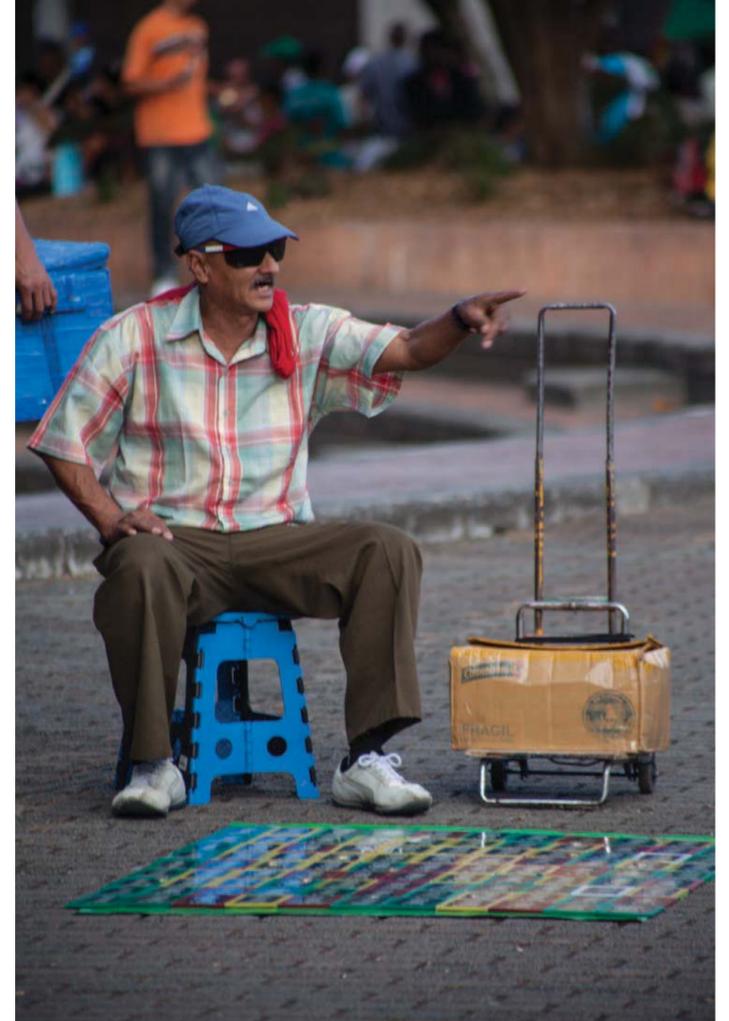
Se sienta y abre un maletín del que saca un radio, una botella de licor Norteño, una revista de Condorito y el recipiente con el desayuno que le empacó su madre: arroz, fríjoles, arepa, carne, una tajada de pan, galletas. Se toma un trago y empieza a migar las galletas. Las palomas esperan. Cuando tiene la mano llena lanza las migajas. Hay treinta palomas, ocho tórtolas, dos parejas de azulejos y una pareja de sirirís que picotean sin descanso. El movimiento de Javier se repite dos, tres veces. Mientras las palomas terminan, él se toma otro trago y abre la revista.

—No traigo libros porque me encarroto y se me pasa la hora para ir a trabajar —dice.

Cuando las aves terminan les lanza la “sobremesa”: cinco cucharadas de arroz. En lugar de Carlitos llegan Kojak y Fabio, dos alcohólicos veteranos que se encuentran por las mañanas para tomarse media de Norteño. Saludan y se sientan. Javier los conoce pero no comparte su licor con ellos.

—Aquí nos armamos la fiesta —dice Kojak.

—Esta es mi oficina —dice Fabio—. Yo soy administrador de empresas y trabajo con el celular haciendo asesorías. De aquí puedo ir fácilmente a La Alpujarra o a la Cámara de Comercio cuando tengo que hacer una diligencia.



A las 11:30 a.m. Javier vuelve a meter sus pertenencias en el maletín, se despide y continúa su camino, golpeando la muleta, hacia su trabajo. Fabio y Kojak se quedarán otro rato, hasta que se acabe la botella. En la media torta los monologuistas anónimos rezan la oración de despedida: “Yo soy responsable. Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano en busca de ayuda, quiero que la mano de AA siempre esté allí”.

Un malecón sin mar

Aunque a veces parece un desierto, en las tardes a las aceras del parque les nacen ramificaciones de personas que hacen fila para tomar un bus, y en las esquinas brotan carretas repletas de aguacates, tomates, mandarinas.

—Para que quede bien bonita, la carreta se puede cargar con 350 kilos de aguacate, unas 600 unidades, o si uno le encartona los lados le puede echar 400 kilos de mandarina —dice Santiago, dieciocho años, vendedor



ambulante desde que tenía once. En tercero de bachillerato abandonó el estudio y se dedicó al rebusque.

–Vea pues esta foto –dice Emilio parado cerca de la esquina de Junín con Maturín–. Se ven las palmeras, el aviso del pasaje de los artesanos y la gente.

Entre esa esquina y la que sigue hacia el oriente se extiende un pasaje de unos cien metros en el que hay 52 puestos de artesanías, 65 palmeras y un rebaño móvil de vendedores de minutos a celular, chorizos, afiches, papas fritas, guarapo y tinto, tan difíciles de contar como las cabras. El pasaje es en realidad un espacio que corre paralelo a Maturín y a un edificio de dos plantas pensado como apoyo a una

posible extensión del Metro hacia el oriente. En el segundo piso, marcado por un letrero que dice “Son y Sabor”, funciona una discoteca de enamorados.

–Ese es el punto donde los costeños y los morenos hacen el encuentro del noviazgo –dice Emilio–. La mayoría son obreros de construcción y empleadas del servicio. Ahí se emborrachan y bailan, y al final de la noche el moreno le dice a la morena: “bueno mi amor, vamos a ver dónde amanecemos”. Ese es el programa de cada ocho días.

Así se conocieron Deudelina Villa, cartagenera, y Aristarco Rentería, chochoano. Ella trabaja en una casa de familia en Envigado y él en una obra de construcción. Los sábados, liberada de sus obligaciones, Deudelina se iba para San Antonio a encontrarse con una amiga. Les gustaba tomar cerveza en el local de Elkin Ortega, que se llama Hamburguesas San Antonio aunque hace tiempo no venda nada de comer.

–A los morenos solo les gusta el pescado –dice–. Y les encanta la cerveza.

Deudelina estaba sentada tomando cerveza cuando se acercó Aristarco y la invitó a bailar. Empezaron a conversar y quedaron de verse el sábado siguiente.

–Aquí se cuadran y se desbaratan matrimonios. Viene el que quiere conseguir novia y el que deja a la mujer en la casa para verse con otra.

Al año de estar saliendo se fueron a vivir juntos al barrio Las Independencias, y al siguiente Deudelina quedó embarazada. Hoy tienen un hijo de tres años. Aunque ya no van tanto como cuando eran novios, San Antonio sigue siendo el lugar donde sus paisanos y colegas se encuentran con los amigos. Una zona rosa para la gente negra, que se extiende hacia la mayoría de locales de la galería occidental y algunos de la oriental, y los fines de semana coloniza gran parte del pasaje.

–Este es el parrandadero de puros morenos de Chocó, Turbo y Buenaventura –dice Emilio.

Los sábados por la noche no hay por donde caminar. La comunidad negra convirtió ese espacio en un pedazo de su tierra. Atraídos por las palmeras y los locales comerciales, montaron negocios para comer, beber, bailar y cortarse el pelo. Y disfrutaban como en territorio liberado, como en un palenque en pleno Centro de Medellín.

Una puerta sin pedestal y un duende en un jardín

–Camine le tomamos a la puerta –dice Emilio.

En la esquina nororiental hay una escultura llamada *La puerta de San Antonio*, del artista Ronny Vayda, donada por la Cámara de Comercio en 1995.

–Antes estaba en el piso y no tenía protección y la gente se arrimaba a orinar. Eso oxidó la base y ladeó la escultura. Un día en un aguacero se cayó y tuvieron que amarrarla –dice Emilio.

Al frente de la puerta, hacia Junín, está el puesto de Luis Fernando Hoyos, uno de los artesanos del parque.

–Yo vivía preocupado porque pensaba que se me iba a caer encima. Le tuvieron que cortar la base y montarla en ese mármol –dice Luis Fernando.

–Ya la gente se mea y no la perjudica –dice Emilio.

–¿Se siguen meando? –le digo.

–¡Ave María por Dios! Usted cree que uno por aquí de noche con ganas... Lo saca el que sea –dice Emilio.

–Yo no entiendo cómo un artista instala una obra en esas condiciones –dice Luis Fernando, quien es maestro en Artes Plásticas de la Universidad Nacional.

Desde que estaba en el bachillerato se interesó por las artesanías. Tiene un puesto en Sanalejo hace treinta años y ha sufrido todos los desplazamientos que ha vivido su gremio. Estuvieron en La Playa hasta que llegaron los casinos y los sacaron. Los metieron al Pasaje La Bastilla pero allá no vendían y volvieron a la calle. Finalmente, hace ocho años, los dejaron ubicarse entre las palmeras de San Antonio, y fue como si hubieran atracado en puerto seco.

Ya con sus estudios universitarios se convirtió en “diseñador artesanal étnico”, y su puesto es taller y vitrina de bolsos y accesorios de cuero “personalizados” que vende a clientes en Quibdó, Montería y Miami.

–Estudié a los africanos, los materiales que utilizan, y trabajo con cueros de desgaste para hablar de lo étnico –dice Luis Fernando.

Hay días en que se le puede encontrar al amanecer. El sol atraviesa *La puerta de San Antonio* calentando el acero del que está hecha, pega contra el aluminio brillante de los módulos de los artesanos y acaricia las palmeras que apenas se despiertan. Luis Fernando abre su puesto y empieza a colgar del techo bolsos naranjados, verdes, rojos, cafés, negros; los va trenzando como una enredadera hasta cubrir el frente del negocio. Adentro queda espacio para un esmeril, una remachadora y una mesa donde corta y cose. Es calvo y flaco, y a través de ese entramado de bolsos parece un duende encerrado en un jardín de cuero.

Dos pájaros trágicos

Le pregunto a Emilio con cuál fotografía seguimos y señala dos de las cuatro esculturas de Fernando Botero que hay en la plaza central. Son los famosos “pájaros”.

–Esto es histórico por la bomba que hubo. Le puedo coger el pájaro bueno y el pájaro malo –dice Emilio.

Pone la cámara digital enfrente y mete los pájaros en el encuadre. En el pedestal del pájaro malo hay una placa conmemorativa con los nombres de las veintitrés personas que murieron ese 10 de junio de 1995. Algunos están borrosos, pero el recuerdo permanece nítido en la mente de Emilio y los sobrevivientes; además, está grabado en el metal retorcido del pájaro malo, que fue dejado en el mismo lugar por petición de Fernando Botero. Casi cinco años después, en enero de 2000, el artista instaló un

nuevo pájaro al lado del destruido, “como símbolo de una ciudad que no se quiere dejar intimidar”, según dijo la prensa de esos días.

–Cuando uno no se va a morir... Yo estaba orinando en un bar –dice Emilio.

En el extremo oriental, a ambos lados del *Pájaro*, había un bazar de artesanos. Una de ellos era Myriam Mora, de sesenta años y media vida como artesana.

–Ese día llegué tarde –dice Myriam–. Había llovido. Mis hijas llegaron temprano y pusieron el tendido a un lado del pájaro, pero unos policías les ayudaron a mover la mercancía hacia unas carpas que había a unos veinte metros para que no se mojara. Me senté con ellas. Chema y Norbey, otros artesanos, se rieron de mí toda la noche porque se habían quedado con el lugar al lado del pájaro. Antes de irnos caminé hacia la tarima para buscar a una de mis hijas y dos nietas que se habían perdido. Vi que mi hija menor estaba bajando a la nieta mayor del pájaro. De pronto vi una bola de humo gigante y una onda me levantó y me tiró al suelo. Me cayeron esquirlas en la cabeza y cuando me fui a parar no pude porque tenía una pierna fracturada. Miré para donde estaba el tendido y vi una mano desprendida del cuerpo, y a una morena que estaba vendiendo chuzos y a su hijito tirados en el piso, muertos. Chema y Norbey también murieron. Mis hijas, mis nietas y mi yerno quedaron heridos. Se salvaron porque la onda cogió hacia la tarima y el centro de la plaza.

–Salí a la carrera del bar y cuando llegué vi una llamada –dice Emilio–. Había gente herida y me tocó ver a una señora embarazada a la que se le salió el bebé de la barriga. Ni la policía, ni la defensa civil, ni los bomberos daban abasto.

Un rostro desconocido

A través de su cámara Emilio es capaz de ver más allá de lo evidente. En el costado sur de la plaza está el *Torso masculino*, otra de las obras de Botero, que no necesita cabeza ni brazos ni piernas para ser testigo del espectáculo cotidiano del parque.

–Mire el torso, ¿qué figura alcanza a ver? –dice Emilio.

–¿Dónde?

–¿Le ve la cara?

–¿Cara? Pero si no tiene cabeza...

–Mire bien.

–Ah, sí señor, tiene una cara.

–Los ojos son las tetas, las costillas son los cachetes, y abajo la nariz y la boca. Es como el vigilante que mira el parque, pero nadie le ha visto la cara.

El torso tiene una hoja que le cubre el sexo. Las personas que van a tomarse fotos en él alzan el brazo y se agarran del tallo de la hoja, como si quisieran desnudar por completo a ese Adán de rostro escondido.



Unas curvas cómplices y un cartomancista

–Vamos a tomarle a la Venus –dice Emilio.

La *Venus durmiente*, la última de las esculturas de Botero, ubicada en el costado occidental, sirve para entretener deseos y ocultar delitos.

–¿Usted me había dicho que esas curvas eran como las montañas de Medellín?

–No, qué montañas ni qué nada. Eso es una gorda acostada.

–Ah, entonces creo que se lo oí a un arquitecto.

–Aquí les da por tomarse fotos sentados en ella o acostados entre las piernas. Le cogen los senos y le dan picos en la trompa.

Emilio saca unas fotografías impresas que tiene en el maletín. Hay muchas de mujeres negras posando bajo los árboles del parque.

–De esto vivo yo, de las empleadas del servicio que vienen a tomarse fotos.

Se detiene en una de la *Venus* con dos jóvenes parados encima de ella.

–Vea, esta se la puedo regalar –dice.

–¿Y si vienen a reclamarla?

–No hay problema, eran dos ladroncitos del parque que ya mataron.

Ahí detrás de la escultura despelucaban al que les daba la gana. No los veían del CAI ni quedaban grabados en las cámaras de seguridad.

En ese lugar, al caer la tarde, se puede encontrar a un hombre capaz de leer el porvenir. Se llama Francisco Rodríguez, más conocido como ‘El Guajiro’, de 78 años, quien vino por primera vez a Medellín en 1950. Fue marinero y conoció los puertos de medio mundo, y desde que tenía siete años aprendió de sus ancestros a leer las cartas.

–¿Usted sería capaz de leerle las cartas al parque? –le digo.

–Tendría que ser un profeta y yo soy cartomancista. Si quiere se las leo a usted. Las cartas son para las personas.

El Guajiro se ve triste. Lleva chaqueta y una boina. Saca una baraja española de un maletín de plástico, revuelve y me pide que parta. Pone una carta al lado de la otra hasta completar un par de hileras. Me habla de lo bien que me va a ir, de dinero, de una casa, de matrimonio. Entre augurio y augurio le pregunto por su vida. El día anterior habría cumplido años su esposa, si estuviera viva. Murió hace seis meses.

–Estuve bien todo el día, pero me dio nostalgia –dice.

Vive en la habitación de un inquilinato en Niquitao, a pocas cuadras de San Antonio. Cuando no está en el parque atiende a algún cliente en su habitación o en La Alpujarra, donde a veces lo contratan funcionarios. Cobra cinco mil pesos por la leída.

–Anoté estos números. Mejor preste la libreta que cuando yo los copio sale mejor –dice, y escribe un tres, un dos, un cuatro y un siete, y debajo un seis, un dos, un cuatro y un cinco.

–Juéguelos hoy mismo.

Le agradezco y le doy veinte mil pesos.

–Vea, usted me cayó bien –dice, y saca del maletín una botella plástica con un líquido rosado y espeso que parece champú. La destapa.

–Huélalo. Es esencia de rosas y cuanta hierba se pueda imaginar. Te untas un poco detrás de las orejas y nadie va a hablar mal de ti. Si es para el amor, te lo untas en el pecho. Te lo regalo.

Dice que tiene que ir a recoger una ropa que dejó lavando, se despide y camina lento hacia Junín.

El parque del amor o el nombre de la rosa

En San Antonio, como en el resto de la ciudad, el norte es humilde, informal y arrebatado; en cambio, el extremo sur, separado de la plaza central por la calle Amador, donde quedan la Iglesia, la Alianza Francesa, la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU) y un CAI de la Policía, es blanco, institucional y recatado.

–Si quiere vamos a la iglesia y tomamos una desde allá y usted cuenta la historia del parque del amor.

Pasar Amador es como cruzar el charco sin necesidad de visa, como encontrarse de repente en un parqucito de una ciudad europea, muy enjardinado, bien barrido y custodiado por vigilantes jalados por perros. A los visitantes, como a los inmigrantes, se les permite quedarse si se saben comportar.

En la Alianza, una noche cualquiera, se puede asistir a una exposición de arte y degustar una copa de vino gratis. La sala de exposiciones está al lado de una mediateca que podría ser la de cualquier biblioteca parisina. En el primer piso hay una librería con libros en varios idiomas.

–Antes el parque no tenía las jardineras, era manguita nada más –dice Emilio–. Si usted venía un sábado o un domingo por la noche veía parejitas haciendo el amor. Ahora se jodieron porque les pusieron celador con perro.

Afuera de la Alianza hay un restaurante con terraza en el que un café y un *croissant* parecen tasados en euros. Cuestan media jornada de cualquier ventero ambulante del norte. Blanca Cano, profesora de francés desde hace dieciocho años, solía ir allí con sus amigos a tomar café. No olvida una vez que se quedó contemplando a un monje franciscano que iba camino de la iglesia. Le pareció de otra época.

El lugar donde van a morir los gallinazos

La iglesia y el convento están rodeados de locales comerciales y oficinas de la EDU. Desde la plaza solo es posible ver la cúpula y los dos campanarios, que parecen flotar sobre las copas de los árboles.

En el convento viven seis monjes franciscanos que se levantan todos los días a las 5:00 a.m. para rezar en comunidad, y a las 7:00 p.m. se retiran a sus habitaciones después de haber atendido el despacho parroquial y las eucaristías. Todos los días reciben a decenas de personas que buscan la intercesión de San Antonio, el santo de los novios y las cosas perdidas, y les piden ayuda para un mercado, conseguir trabajo, viajar al pueblo de donde vinieron desplazados.

Piedad Cardona es una de las encargadas de hacerle aseo a la iglesia. La recorre con una trapeadora y una espátula para quitar los chicles que los fieles tiran y quedan pegados a las baldosas. Ha oído voces y visto sombras, pero se encomienda a Dios y sigue su trabajo. A veces le parece que vienen del osario, ubicado debajo del altar.

–Hay gente que no es capaz de entrar –dice.

Piedad enciende las luces y al descender las escaleras se siente frío y olor a humedad. Los muros son altos, de más de cinco metros, y los pasadizos estrechos. Las lámparas de neón titilan y proyectan sombras sobre las lápidas. Hay urnas abiertas y cofres sin tapa, y da la impresión de ver manitos pedigüeñas.

Por estos días en San Antonio escasean los entierros pero abundan los bautizos.

–Les tomo fotos a los niños que van a bautizar antes de entrar a la iglesia y salgo corriendo a imprimirlas. Cuando salen se las ofrezco a los padrinos –dice Emilio parado en el atrio.

Todos los sábados, a las 8:30 a.m., grupos de veinte a cuarenta niños son proclamados católicos en la pila bautismal. Muchos de ellos son hijos de quienes se rebuscan la vida en el parque. En el atrio hay niños vestidos de marineritos y niñas con guantes y vestidos de encaje. Los padres y padrinos lucen sus mejores trajes: camisas de cuadros y pantalones los hombres, vestidos con accesorios brillantes o pantalones estrechos y blusas escotadas las mujeres.

Alrededor de las copas de los árboles vuela un gallinazo que pasa por encima del atrio. De pronto se oye un golpe contra un poste. El animal cae junto a las escaleras que dan a la Avenida San Juan. Un joven amanecido, quizás drogado, lo recoge y sube con él entre los brazos.



–Es mío, es mío –grita dando vueltas por las jardineras con cara de desquiciado. Camina con el pájaro muerto hacia la plaza y se pierde por un rato. En la iglesia se oye el coro de llantos de los niños que pasan por la pila. A la fe llegan entre gritos. El joven regresa con las manos vacías, manoteando.

–Ahora son niños bendecidos, limpios de pecado, nuevos para el mundo –dice el sacerdote al final de la ceremonia. Afuera, un vigilante con su perro obliga al joven a irse del parque.

■

Un pájaro que aún estalla

Por JUAN MIGUEL VILLEGAS



Aquella noche, mientras flotaba de repente por el aire, Myriam Mora alcanzó a ver a Samir suspendido también en el vacío. Recuerda que lo vio a él –su yerno, esposo de Lina y padre de Melisa–, y junto a él a muchos más, gravitando fugazmente y en desorden, varios metros por encima del piso de adoquines. Pero un par de segundos después –o tal vez menos– la fuerza de gravedad los jaló de nuevo contra la tierra, y entonces la vida nunca más volvió a ser igual.

Eran las 9:20 p.m. del sábado 10 de junio de 1995, y lo que acababa de alzarlos era la onda ocasionada por la explosión de una bomba de más de diez kilos de dinamita, instalada detrás de las patas de un pájaro de bronce de casi dos toneladas que hasta ese momento descansaba sobre un pedestal, en el costado oriental del Parque San Antonio.

A esa hora, por lo menos 300 personas se concentraban en la parte sur del gran rectángulo que forma el parque, atraídas por una fiesta gratuita con grupos musicales y animador en tarima. Pero había, además, vendedores ambulantes, cocineras detrás de los puestos de comida y una feria de artesanos, ubicados en hilera con sus “catres” y mesitas sobre la franja oriental. Entre ellos, Myriam y cinco miembros de su familia.

Algunos de los presentes dicen que alcanzaron a escuchar la explosión. Luego, silencio. Y un par de segundos después –o tal vez menos– fueron arrollados por la fuerza de la explosión o bañados por el aguacero de esquirlas que sobrevino. “Yo pensé que había sido un ‘corto’, pero cuando vi esa bola de humo me di cuenta de que era una bomba. Salí corriendo a tirar a mis hijas al suelo pero no alcancé, quedé en la mitad, y ahí fue donde me alzó”, cuenta Myriam dieciocho años después, rodeada de correas, billeteras y artesanías por los cuatro costados en su pequeño local, el número 31, en la acera norte del parque.

Pero para quienes en aquel momento estaban demasiado cerca del *Pájaro*, el estallido y el golpe del bombazo fueron la misma cosa... La última cosa. Al detonar, la carga destrozó las patas, el lomo y la cola del ave de metal. Ese choque desvió la onda, que en lugar de expandirse en forma concéntrica salió disparada sobre la franja oriental del parque, con dirección norte, arrasando con venteros, artesanos y transeúntes.

Los Cariñosos del Vallenato –a esa hora en la tarima, al sur– se silenciaron de golpe. Y en reemplazo de los acordeones y el canto, del baile y los tarareos, de las conversaciones y las risas, llegaron los gritos y el llanto. El humo y el olor a pólvora. Las carreras. El caos.

De las veintitrés personas que perdieron la vida en el atentado (veinticuatro, sumando un bebé que iba a nacer en unos meses), la mayoría estaban en la franja nororiental barrida por el estallido. Las demás víctimas mortales no sobrevivieron al golpe de los fragmentos de metal que lograron alcanzarlos. “Era como si estuviera lloviendo plomo”, contó por esos días Angélica Yepes, cuyo esposo, un artesano bumangués de veintiocho años, murió al ser alcanzado por un proyectil. “Yo desde hacía rato le estaba diciendo: ‘mijo, no trabaje más, ya está bueno. Mire que el nene tiene mucho sueño. Recoja todo y vámonos’. Pero él no me hacía caso: ‘mija, es que apenas tengo cuatro mil pesos y eso no nos alcanza ni para comer mañana’”. Minutos después vino el estruendo. “Arturo nos quiso proteger al niño y a mí y por eso se puso delante de nosotros”.

Primero en carros, taxis y motocicletas, y poco después en ambulancias y vehículos de rescate, los heridos comenzaron a inundar las salas de emergencia de las clínicas Soma y Medellín, el Hospital General y la Policlínica Municipal, las más cercanas. Los reportes de la época hablan de 200 personas lesionadas. Algunos no llegaron con vida al hospital y otros murieron en las salas de urgencias. El saldo fatal: dieciséis adultos y siete menores de edad. (Ocho, contando al bebé en camino).





El mediodía anterior el principal capo del Cartel de Cali, Gilberto Rodríguez Orejuela, había sido sorprendido por el Bloque de Búsqueda de la Policía y el Ejército, agazapado en el fondo de un pequeño clóset. Por esos días, en prensa, radio y televisión, el gobierno de Ernesto Samper ofrecía pagos de hasta mil 500 millones de pesos a quienes entregaran información que permitiera la captura de los peces más gordos del narcotráfico. La estrategia demostraba entonces sus efectos. El golpe fue calificado por el presidente como “una gran victoria de la nación colombiana” y como “el principio del fin” de la organización vallecaucana.

Al estallar la bomba el país lo asumió como una retaliación por la captura del narco. Un mensaje con destinatario específico, además, pues el ministro de defensa de esa época era Fernando Botero Zea, hijo del pintor y escultor antioqueño Fernando Botero, autor del *Pájaro*.

A través de una llamada telefónica a la cadena RCN, una tal “gente del Valle” se atribuyó el hecho y rechazó la captura: “¿Luego quién ha condenado al señor Gilberto Rodríguez?”, vociferaba un hombre. “Dígale al ministro Botero que queremos verlo esta noche en la televisión, junto a los de la Policía, igual de efusivo a como estuvo el viernes. ¡Que aplauda, que dé treinta aplausos por los treinta muertos de Medellín!”.

Fernando Botero padre se enteró de la noticia en Francia, mientras cenaba en un restaurante de carretera. Y aunque su primera reacción fue prometer que enviaría una nueva escultura para reponer la que había sido destruida, un comunicado de prensa le hizo cambiar de opinión.

El *Noticiero TV Hoy* difundió un mensaje firmado por la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar –que reunía a las Farc, el ELN, el EPL, el M-19 y el Quintín Lame– en el que lamentaban las consecuencias de la acción terrorista, y aseguraban que había sido ejecutada por una de las “Milicias Bolivarianas de las FARC-EP”. El texto sostenía que el atentado había sido dirigido “únicamente contra el monumento del *Pájaro*, como representación de la exageración opresora y burguesa”, porque, según ellos, los más de 800 mil dólares que costó la obra “se pagaron con el producto de la explotación del obrero antioqueño”.

Botero respondió con otro comunicado en el que afirmaba sentir una “ira profunda” por el hecho de que se hablara de él como si fuera un “opresor de los obreros en Colombia”. Aclaró que de todas las obras suyas que había en el país (entre ellas la llamada “Gorda” del Parque Berrío y las otras dos esculturas del Parque San Antonio –*Venus durmiente* y *Torso masculino*–) solo una le había sido comprada: el *Pájaro*. Las demás habían sido donaciones. “Ahora quiero que esa escultura quede ahí como recuerdo de la imbecilidad y de la criminalidad de Colombia”, escribió. “Ese crimen no fue contra la escultura, si era contra la escultura lo hubieran podido hacer a las tres de la mañana. Eso no tiene perdón”.



Al estrellarse contra el piso después del sacudón, Myriam perdió el conocimiento. Despertó seis días después, con lesiones en el cuello y el tórax, esquilas en el cráneo, la espalda y las extremidades, y varias costuras dispersas. Además, una pierna malherida que en principio no pudo ser enyesada, debido a los fragmentos de metal que se incrustaron en ella. Es una mujer de baja estatura, cabello rizado y corto, y lo cuenta todo con una voz despierta y enfática: “el yerno mío estuvo nueve meses en el Seguro Social. Mi nietecita Melisa estuvo cinco meses en el Hospital Infantil. Y a mi hija Astrid las heridas le tumbaron cuatro dientes con todo y hueso y le hicieron un hueco en el paladar”.



El lunes siguiente al atentado, los restos del *Pájaro* fueron cubiertos de claveles rojos por familiares y dolientes.

Y el jueves 22 de junio, doce días después de la tragedia, unas dos mil personas se congregaron en el Parque San Antonio en “Un abrazo por la vida”: un acto de homenaje a las víctimas en el que la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia ofreció un concierto, hubo lectura de poemas y una representación teatral. Además, los asistentes firmaron una carta dirigida a Botero en la que se le pedía reponer la obra destruida, pues lo que antes había sido un símbolo de paz, la “brutalidad” lo había “transformado en alegoría de terror y de barbarie”.

Esta petición se hizo realidad cuatro años y medio más tarde, cuando un miércoles de enero del año 2000, en el mismo lugar del atentado, Fernando Botero le entregó al alcalde Juan Gómez Martínez una nueva escultura, idéntica a la anterior, fundida en bronce en sus talleres de Pietrasanta. En la ceremonia, el artista anunció que la recién llegada se llamaría la *Paloma de la paz*, en contraste con el *Pájaro herido*, como se llamó desde entonces la escultura destrozada. Una y otra quedaron

distanciadas solo por algunos metros, sobre pedestales iguales. De este modo, dijo el artista, ambas representarían “un monumento a la violencia y la paz”.

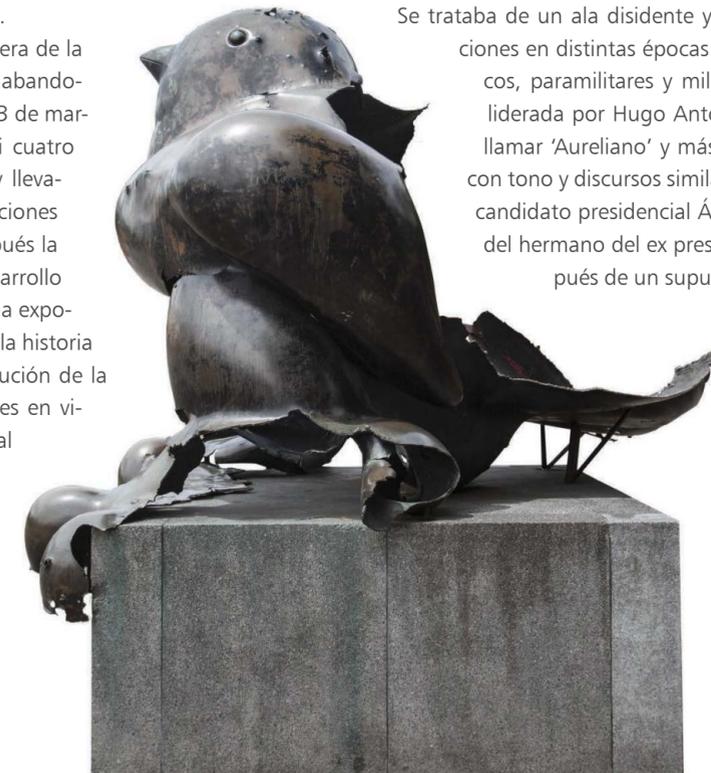


Tuvieron que pasar más de cuatro años para que Myriam fuera capaz de acercarse de nuevo al lugar de la tragedia. Y cuando lo hizo, no fue por voluntad suya. “Tienen que llevarla, porque si no se les enloquece”, les había dicho la psicóloga a sus familiares, alarmados por su constante llanto. Su tía Margarita logró entonces convencerla de asistir a una misa en la iglesia del Parque San Antonio. Myriam, sin embargo, exigió que llegaran por la carrera Junín para así evitar la escultura destruida, visible al ingresar por otras de las calles que rodean el parque. Después de la ceremonia las esperaba afuera un grupo de amigas confabuladas, que consiguieron distraerla, y a pasos cortos, entre la gente y en medio de la conversación, la fueron arrastrando hacia el parque... hasta que de un momento a otro se vio frente a aquel *Pájaro* de más de dos metros de altura, deforme y roto, arriba de su pedestal. “Me asusté y traté de salir corriendo pero no me dejaron. Lloré mucho... El resto del día lloré, como reviviendo todo lo que había pasado”, dice, y asegura que fue una terapia necesaria.

Y no fue la única vez. Una noche de marzo de 2009, al aceptar una invitación para visitar de nuevo los pájaros, se encontró con siete hileras de veladoras encendidas, dispuestas en orden frente a las esculturas, y junto a cada veladora, un par de zapatos usados. No le tuvieron que explicar nada para entender que ahí, ante ella, estaban todas las personas que murieron en el 95. No se pudo contener. Esa era una herida abierta para su familia. Y dos amigos muy cercanos, artesanos también, estaban ahí, ausentes, entre la luz de las velas.

Esa efímera instalación se realizó la víspera de la primera y única vez que los dos pájaros han abandonado su lugar. Al día siguiente, el viernes 13 de marzo, las dos esculturas –que sumaban casi cuatro toneladas– fueron levantadas con grúas y llevadas en camiones hasta el centro de convenciones Plaza Mayor, donde se celebraría días después la Asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Allí, entre otras cosas, se preparó una exposición que repasaba las últimas décadas de la historia local. En el recorrido, que relataba la evolución de la ciudad con pantallas digitales, proyecciones en video y fotografías, el *Pájaro herido* estaba al comienzo y la *Paloma de la paz* al final.

Durante el mes y medio que las mellizas estuvieron lejos de su hábitat, la prensa escribió que al Parque San



Hasta hoy no hay un solo condenado por el atentado del Parque San Antonio, a pesar de que desde la noche misma de la tragedia hubo capturas. Diez minutos antes de la detonación, muy cerca del parque, fue detenido un adolescente que llevaba una mochila con dos frascos de café llenos pólvora. Mientras lo interrogaban en la estación Candelaria de la Policía Metropolitana, a dos cuadras de ahí, se escuchó el trueno. Demasiado tarde. Sin embargo, esa captura condujo a la de otros cinco sospechosos de haber participado como autores materiales, pero casi todos fueron dejados en libertad con el paso de los días por “falta de méritos para mantenerlos retenidos”.

Inicialmente, el comandante de la Policía Nacional Rosso José Serrano señaló al narcotraficante valluno Henry Loaiza, ‘El Alacrán’, como financiador del atentado, pero este se entregó días después con el único objetivo –según dijo– de “explicar a las autoridades que no tenía relación alguna con el atentado”. Y aunque los indicios estaban respaldados en pruebas técnicas y las acusaciones públicas de Serrano fueron categóricas, hoy Loaiza solo purga dos condenas de veinte y treinta años por la masacre de Trujillo, Valle, en 1990.

Por otra parte, casi todas la pistas recogidas por la Policía (grabaciones de voz, análisis de comunicados, *modus operandi*...) apuntarían a que la autoría intelectual del crimen fue del movimiento Jorge Eliécer Gaitán (Jega), que más tarde adoptó el nombre de Dignidad por Colombia.

Se trataba de un ala disidente y radical del EPL, que entabló relaciones en distintas épocas con otros grupos guerrilleros, narcos, paramilitares y milicias urbanas. La organización era liderada por Hugo Antonio Toro Restrepo, quien se hacía llamar ‘Aureliano’ y más adelante ‘Bochica’, y se atribuyó, con tono y discursos similares, la autoría por la muerte del ex candidato presidencial Álvaro Gómez Hurtado, el secuestro del hermano del ex presidente César Gaviria Trujillo y –después de un supuesto incumplimiento de pactos por

parte de la mafia– los atentados contra miembros de la familia Rodríguez Orejuela, entre otros hechos violentos. Según testimonios de allegados, ‘Bochica’ murió en marzo de 1999, rumbo a San Vicente del Caguán, prófugo de la justicia.

Pero solo hay eso, al fin y al cabo: sospechas, pistas, indicios y atribuciones no confirmadas...



Al yerno de Myriam los golpes recibidos le deformaron los dedos de una mano, que ahora permanecen contraídos. Por esa razón perdió su empleo en una fábrica de artículos de cuero, y hoy, separado de su mujer, sobrevive con trabajos informales. Astrid, la hija menor, cada vez que come algo siente “como si tuviera astillas clavadas en las encías”, y maldice la prótesis que se ve obligada a usar, ante la falta de dinero y apoyo para una reconstrucción ósea y dental. Melisa, su nieta, que tenía tres meses cuando fue arrollada por la bomba, ahora esconde, tras un mechón de cabello, una gran cicatriz en su mejilla derecha. Nunca usa faldas ni jeans ajustados, para disimular las heridas en uno de sus muslos –tan profundas que parte de la piel recubre el fémur–, que a pesar de las promesas no le ha sido reconstruido con cirugía estética. Suele asfixiarse, y su voz es casi un susurro.

La familia recibió atención médica y psicológica los primeros años. Pero Myriam, que desde entonces carga un inhalador en el bolso, dice: “¡Nosotros sufrimos... lo que no está escrito! Yo vivo adolorida todo el día. Porque como me dijo el médico: ‘a usted le pasó como cuando un chifonier se cae desde un segundo piso: se quiebra y lo reparan, pero no queda igual’. Así estamos, bien llevados, todos remendados”.



Algunas familias de las víctimas fatales han entablado demandas contra el Estado para exigir reparación, pero los resultados han sido irregulares. Entre 2012 y 2013, el Consejo de Estado falló en dos procesos similares con sentencias opuestas. En el primero ordenó a la Policía Nacional indemnizar a dos grupos familiares, argumentando que “el hecho de que el explosivo hubiera sido instalado justo al lado de la escultura [...] demuestra que el registro de la plaza y el control sobre las personas que ingresaron a la misma fue deficiente”. En el otro, sin embargo, negó la

reparación a una viuda afirmando que la Policía “cumplió de manera razonable la obligación de protección y seguridad que tenía respecto de la ciudadanía que asistió al evento cultural”.

“Yo creo que nosotros sí nos merecemos una indemnización... ¿Pero uno a dónde va? Yo quisiera saber dónde le colaboran a uno con eso”, dice Myriam. “Nosotros no pusimos demanda porque todos los abogados nos pedían plata, y nosotros de dónde, si ni pa un pasaje teníamos”, explica, y saca de un rincón de su local una foto de Melisa aún bebé, rechoncha y sonrosada, un par de días antes de la bomba. “La única que nos habría quedado de ella donde hubiera muerto”.

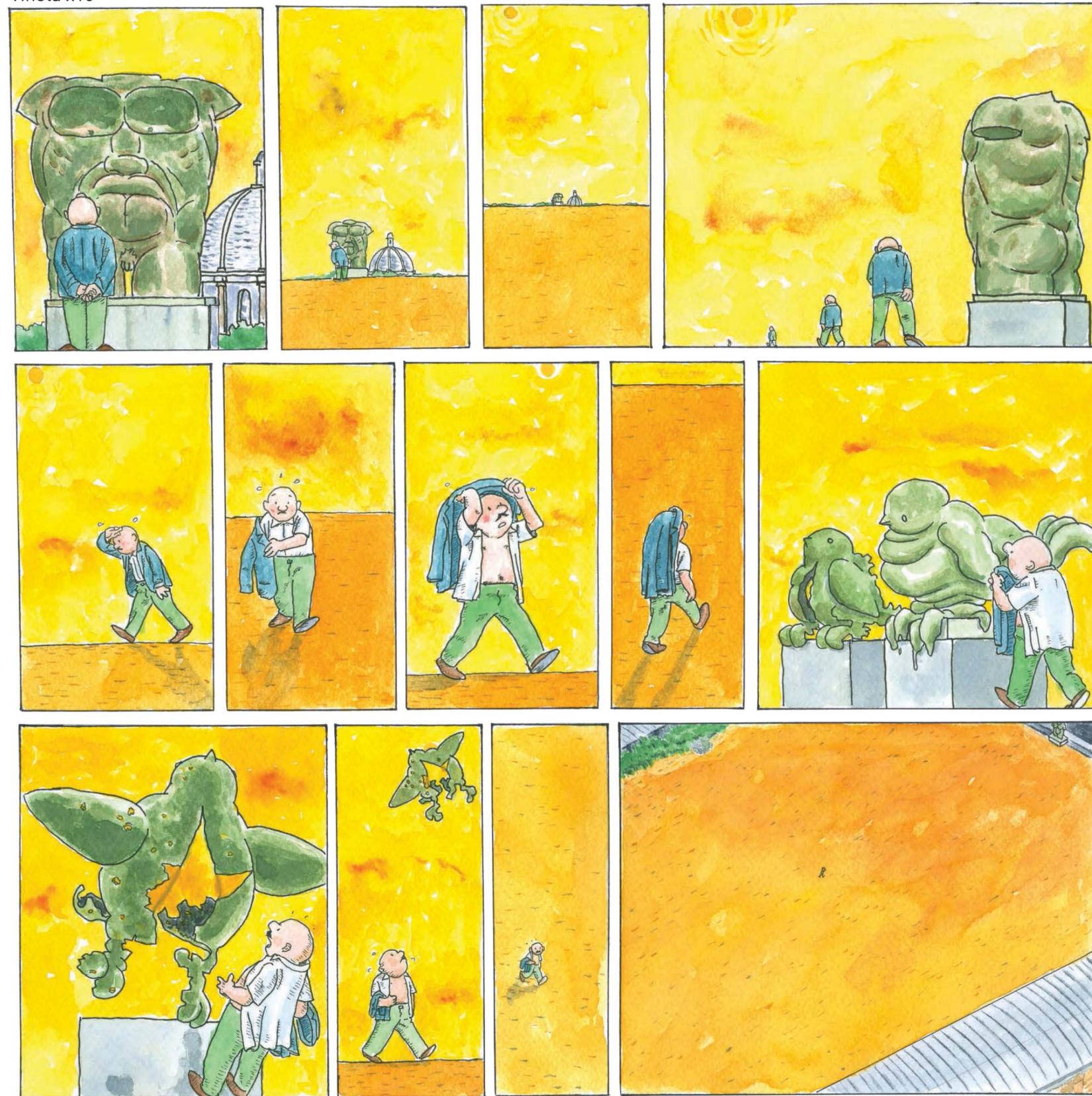


En 2009, cuando levantaron de su pedestal al *Pájaro herido* para llevarlo a Plaza Mayor por poco más de un mes, de las grietas y rincones del ave cayeron al piso cientos de monedas de diferentes nacionalidades, estampitas y medallas: pequeñas ofrendas dejadas por creyentes para pedir favores a las almas de las víctimas. “Como si fuera un pozo de los deseos”, dice Armando Arango, un restaurador que trabajó en el proceso de refuerzo estructural de los restos del *Pájaro*, cuando los vestigios de sus patas delanteras aún tocaban el piso, dislocadas, y la gente comenzaba a llevarse los trozos flojos de la escultura.

El *Pájaro herido*, ese “pájaro cubista de Picasso” –como describiría el propio Botero lo que quedó de su obra original– es uno de los objetos más visitados, fotografiados, acariciados, rayados y observados del Centro de Medellín. Un objeto, además, en el que se reza y se llora. Un santuario, mejor dicho. Como lo sabe todo aquel que pasa un día en el Parque San Antonio. Como lo saben quienes se congregan cada año para honrar la memoria de los muertos. Como lo sabe Myriam Mora cada vez que se ve parada frente a él, cuando el dolor le recuerda que siempre llevará clavado en el cuerpo el momento en que una bomba hizo pedazos una noche fresca con música de acordeones.



Viñeta x10





Palma Washington, *Washingtonia robusta*
Familia *Arecaeae*

Originaria del sur de Estados Unidos y de zonas desérticas de México



Martes 6 de agosto de 2013, 1:35 p.m.,
restaurante en los bajos del parque frente a Palacé.

Dos mujeres dicen sus primeras palabras después de almorzar. Sobre la mesa están los restos de una ensalada de lechuga, las espaldas dorsales de un par de truchas y dos vasos de guarapo vacíos. La que habla se interrumpe a sí misma cuando la mesera chocoana se acerca por un lado de la mesa...

–Niña, me regala un vaso de agua por favor.

La mujer sigue hablando y al rato llega la mesera con un vaso de guarapo.

–Era agua, niña.

–Ah... –exclama la mesera.

–Yo me lo tomo –dice la otra mujer; estira la mano, toma el vaso y la palabra:

–Yo en la casa lo hago pero le exprimo dos limones bien exprimidos.

A los niños les encanta. Porque es que yo a ellos no les doy esos frescos de polvo, yo les doy es juguito. ¿De maracuyá te gusta?

–Más o menos.

–Yo les hago de maracuyá, de durazno.

–¿Y a los pelaos les gusta?

–Les encanta. Yo brego a darles gusto en lo que más pueda. Manuela sí va muy bien, no más está floja en matemáticas. Pero a Alejandro yo le dije que si recupera todas esas materias que va perdiendo le doy lo que quiera en diciembre.

–Le toca cumplirle.

–Claro, él está con muchas ganas es de unos tenis. Si me recupera se los compro.

–Manuela debe estar muy grande...

–Hermosa. Y es más vanidosa hija, se mantiene con las amiguitas arreglándose ese pelo, y las uñas.

–¿Sí?

–Pero mejor que sea así, ¿cierto? Y no como esas otras que salen a la calle todas desarregladas.

Llega la mesera a recoger los platos.

–¿No me regalás un vaso de agua?